



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)



## LIBRO I

*Elogio de la historia  
como ciencia*<sup>1</sup>

Si los autores que me han pre-<sup>1</sup>cedido hubieran omitido el elogio de la historia<sup>2</sup> en sí, sin duda sería necesario que yo urgiera a todos la elección y transmisión de tratados de este tipo, ya que para los hombres no existe enseñanza más clara que el conocimiento de los hechos pretéritos. Pero no sólo algunos, ni de vez<sup>2</sup> en cuando, sino que prácticamente todos los autores, al principio y al final, nos proponen tal apología; aseguran que del aprendizaje de la historia resultan la formación y la preparación para una actividad política; afirman también que la rememoración de las peripe-

---

<sup>1</sup> Los cinco primeros capítulos de este libro tienen un doble objetivo: ganarse la atención del lector y fijar el contenido de la obra, señalando además el propósito del autor al componerla.

<sup>2</sup> Aunque, para los griegos, la historia no fue nunca considerada como una ciencia en el sentido riguroso de la palabra, sino que siempre comprendieron en ella un componente artístico, sin embargo la consideraron como un saber, de categoría y trascendencia excepcionales. Tucídides la había definido como «una adquisición para siempre», y Heródoto encabeza su obra diciendo que pretende, con ella, que las gestas de los hombres no caigan en el olvido; así entronca con la tradición épica. Cicerón recogió la antorcha con su expresión, que se ha hecho proverbial: *historia magistra vitae, testis temporum*. Polibio enlaza claramente con la máxima ciceroniana.

3 cias ajenas es la más clarividente y la única maestra  
 que nos capacita para soportar con entereza los cam-  
 bios de fortuna. Es obvio, por consiguiente, que nadie,  
 y mucho menos nosotros, quedaría bien si repitiera lo  
 4 que muchos han expuesto ya bellamente. Porque la  
 propia originalidad<sup>3</sup> de los hechos acerca de los cuales  
 nos hemos propuesto escribir se basta por sí misma  
 para atraer y estimular a cualquiera, joven y anciano,  
 5 a la lectura de nuestra obra. En efecto, ¿puede haber  
 algún hombre tan necio y negligente que no se interese  
 en conocer cómo y por qué género de constitución  
 política fue derrotado casi todo el universo en cin-  
 cuenta y tres<sup>4</sup> años no cumplidos, y cayó bajo el im-  
 perio indisputado de los romanos? Se puede compro-  
 6 bar que antes esto no había ocurrido nunca. ¿Quién  
 habrá, por otra parte, tan apasionado por otros espec-  
 táculos o enseñanzas que pueda considerarlos más pro-  
 vechosos que este conocimiento?

2 La originalidad, la grandeza del argumento objeto  
 de nuestra consideración pueden comprenderse con  
 claridad insuperable, si comparamos y parangonamos  
 los reinos antiguos más importantes, sobre los que los  
 historiadores han compuesto la mayoría de sus obras,  
 2 con el imperio romano. He aquí los reinos que mere-  
 cen esta comparación y parangón: en cierta época los  
 persas consiguieron un gran reino<sup>5</sup>, un gran imperio,

<sup>3</sup> Polibio pretende ganarse lectores dando a su obra un enfoque distinto del que le han dado otros historiadores contemporáneos suyos o anteriores. Como verá el lector, la crítica positiva o negativa a la obra de otros historiadores se repite una y otra vez en la obra polibiana.

<sup>4</sup> Estos cincuenta y tres años se cuentan desde el principio de la segunda guerra púnica (220/219) a la batalla de Pidna (168/167). Es la primera parte de la obra de Polibio, que abarca los libros I-XXIX.

<sup>5</sup> El período culminante del imperio persa en la antigüedad

pero siempre que se arriesgaron a cruzar los límites  
 de Asia pusieron en peligro no sólo este imperio, sino  
 sus propias vidas. Los lacedemonios pugnaron largo 3  
 tiempo para hacerse con la hegemonía sobre [todos]  
 los griegos, y cuando, al fin, la consiguieron, lograron  
 4 conservarla indiscutidamente doce años escasos<sup>6</sup>. Los  
 macedonios dominaron Europa desde las orillas del  
 Adriático hasta el río Danubio, lo que, en su totalidad,  
 parecería una pequeña parte del territorio aludido.  
 Pero, posteriormente, aniquilaron el poderío persa y 5  
 se anexionaron el imperio de Asia. Sin embargo, aunque  
 dieron la impresión de que se habían apoderado de  
 muchas más regiones y estados, dejaron la mayor parte  
 del universo en poder de otros, porque no se lanzaron 6  
 nunca a disputar el dominio de Sicilia, ni el de Cer-  
 deña, ni el de África, y en cuanto a los pueblos occiden-  
 tales de Europa, belicosísimos, digámoslo escuetamen-  
 te: ni tan siquiera los conocieron. En cambio, los ro- 7  
 manos sometieron a su obediencia no algunas partes  
 del mundo, sino a éste prácticamente íntegro. Así esta-  
 blecieron la supremacía de un imperio envidiable para  
 los contemporáneos e insuperable para los hombres  
 del futuro. Por descontado: estos temas se entenderán 8  
 mejor, en su mayor parte, por medio de esta obra mía,  
 la cual hará ver también más claramente, por su propia  
 naturaleza, hasta qué punto las características de la  
 historia política<sup>7</sup> ayudan a los estudiosos<sup>8</sup>.

viene constituido por los reinados de Ciro (559/529) y Darío (522/486), en los cuales adquirió su máxima expansión geográfica.

<sup>6</sup> Desde la victoria del espartano Lisandro, en Egospótamos (404, final de la guerra del Peloponeso), hasta la victoria de Conón sobre los espartanos (394), en la batalla de Cnido.

<sup>7</sup> Aquí sale por primera vez un concepto que será capital en la obra de Polibio: la historia política. Cuando Polibio aplica a la historia el adjetivo griego *pragmatikós* se refiere a la narración de sucesos políticos y militares en el sentido moderno, excluyendo connotaciones partidistas o didácticas; la historia

- 3 En cuanto a la cronología, el inicio de nuestro trabajo lo constituirá la olimpiada ciento cuarenta<sup>9</sup>. Los hechos históricos comenzarán, entre los griegos, por la llamada Guerra Social<sup>10</sup>, la primera que Filipo, hijo de Demetrio y padre de Perseo, emprendió contra los etolios, apoyado por los aqueos; entre los habitantes del Asia, por la guerra de Celesiria, que se hicieron mutuamente Antíoco y Ptolomeo Filopátor<sup>11</sup>. En lo tocante a los países de Italia y de Africa [el principio de este estudio], lo formará la guerra que estalló entre romanos y cartagineses, llamada por la mayoría guerra Anibálica<sup>12</sup>. Estos hechos son continuación de los últimos que se narran en el tratado de Arato de Sición<sup>13</sup>.
- 3 En las épocas anteriores a ésta los acontecimientos del

pragmática, pues, o de los hechos, es un concepto ya muy afín al de historia moderna. Añadamos que Polibio es el primer autor de la historia que, dentro de sus posibilidades, planea una «historia universal». El contenido de esta nota no se ve afectado en nada por el de la siguiente.

<sup>8</sup> El texto griego de los párrafos 7-8 está muy corrompido en todas las fuentes manuscritas, y el texto original es imposible de restituir. En este punto concreto me aparto de la edición de BÜTTNER-WOBST, y ofrezco la traducción del texto ofrecido por LORENZ, recogido por F. W. WALBANK, *A historical Commentary on Polibius, I*, Oxford, 1957 (citado, desde ahora, WALBANK, *Commentary*, ad loc.), pág. 41. Con mínimos retoques, acepta también este texto P. PÉDECH, en su edición del libro I de Polibio, *Polybe, Histoires I*, Collection des Universités de France, París, 1969 (citado, desde ahora, PÉDECH, *Polybe, I*, o el volumen que corresponda), pág. 20.

<sup>9</sup> Son los años 220/216.

<sup>10</sup> El lugar es, exactamente, IV 60-87 y V 1-30.

<sup>11</sup> Exactamente, V 34-86.

<sup>12</sup> Es la llamada segunda guerra púnica, narrada en todo el libro I.

<sup>13</sup> Arato de Sición fue, a la vez, general e historiador; militarmente dirigió, con éxito diverso, las tropas de la Liga aquea. Es protagonista de partes extensas de la obra de Polibio; su caracterización como historiador la da el mismo Polibio en II 56, 1; su actuación como general la comenta en IV 8-14.

mundo estaban como dispersos, porque cada una de las empresas estaba separada en la iniciativa de conquista, en los resultados que de ellas nacían y en otras circunstancias, así como en su localización. Pero a partir de esta época la historia se convierte en algo orgánico, los hechos de Italia y los de Africa se entrelazan con los de Asia y con los de Grecia, y todos comienzan a referirse a un único fin. Por esto hemos establecido en estos acontecimientos el principio de nuestra obra, porque en la guerra mencionada los romanos vencieron a los cartagineses, y, convencidos de haber logrado ya lo más importante y principal de su proyecto de conquista universal, cobraron confianza entonces por primera vez para extender sus manos al resto: se trasladaron con sus tropas a Grecia y a los países de Asia.

Si estos estados que se disputaron la soberanía mundial nos fueran familiares y conocidos, no sería necesario, naturalmente, que nosotros escribiéramos los sucesos anteriores, y que describiéramos el propósito o el poder con que se lanzaron y emprendieron acciones tan grandes e importantes. Pero como la mayoría de los griegos desconoce el poder que antaño tuvieron romanos y cartagineses, e ignoran sus hazañas, hemos creído indispensable redactar este libro y el siguiente como introducción a nuestra *Historia*. Así el que se dedique a la investigación de los hechos actuales se evitará dificultades en cuanto al período anterior, y no deberá indagar las resoluciones, las fuerzas y los recursos que usaron los romanos cuando se lanzaron a esas operaciones que les convirtieron en señores —me refiero a nuestra época— de todo el mar y de toda la tierra. Bien al contrario: los que usen estos dos libros y la introducción que contienen, verán muy claro que los romanos se arrojaron a tales empresas con medios sumamente razonables, y que por ello

lograron el imperio y el gobierno de todo el mundo<sup>14</sup>.

4 La peculiaridad de nuestra obra y la maravilla de nuestra época consisten en esto: según la Fortuna<sup>15</sup> ha hecho inclinar a una sola parte prácticamente todos los sucesos del mundo, y obligó a que tendieran a un solo y único fin, del mismo modo también (es preciso), valiéndose de la historia, concentrar bajo un único punto de vista sinóptico, en beneficio de los lectores, el plan del que se ha servido la Fortuna para el cum-  
 2 plimiento de la totalidad de los hechos. Lo que acabo de notar es lo que nos ha impulsado y estimulado más a dedicarnos a la historia, y también, además, el hecho de que nadie, entre nuestros contemporáneos, haya emprendido la confección de una historia general. De ser así, yo no habría puesto tanto empeño en una obra  
 3 de estas características. Pero ahora me he dado cuenta de que muchos investigan guerras particulares<sup>16</sup> y hechos ajenos a ellas; sin embargo, nadie se dedica, al menos por lo que nosotros sabemos, a dilucidar la estructura general y total de los hechos ocurridos, cuándo

<sup>14</sup> La idea de Polibio es clara: la historia universal sólo la hace verdaderamente posible una nación (aquí, muy concretamente, el imperio romano) que tenga por ideal dominar el universo.

<sup>15</sup> Sale aquí por primera vez la Fortuna, que juega un papel importante en la concepción religiosa de Polibio. Nosotros mismos hemos estudiado el tema. M. BALASCH, «La religiosidad en Polibio», *Helmántica* XXIII (1972), 365-391.

<sup>16</sup> Por ejemplo: Filarco, que narró la historia de los seléucidas (222/187) centrada en la figura de Antígono III. Polibio aprecia poco a estos autores de monografías, cuyas críticas encontramos repetidamente a lo largo de su obra. Cf. I 14, con la crítica de los historiadores Fabio y Filino. Fundamental en la crítica histórica de Polibio es el libro XII de su obra, en el que el historiador Timeo, autor de la obra *Sikeliká* (*Historia de Sicilia*), sale muy malparado. Pero por otras fuentes su historia parece que es apreciable. Polibio lo mencionará inmediatamente (5, 1).

y de dónde se originaron, y cómo alcanzaron su culminación. [Por ello] he creído absolutamente necesario  
 4 no omitir ni dejar pasar, sin detenerme en ello, la obra más bella, y al mismo tiempo más útil, de la Fortuna. Esta, ciertamente, realiza muchas cosas novedosas e  
 5 interviene de continuo en las vidas de los hombres, pero, francamente, no había realizado jamás una obra semejante ni había propugnado un conflicto como el actual. Y esto es lo que resulta imposible de captar en  
 6 los autores de monografías, a no ser que se viaje a todas las ciudades más ilustres, recorriéndolas una por una, o bien, ¡por Zeus!, que se contemplen por separado, pintadas, y se suponga en el acto, por ello, que se ha visto el mapa de todo el universo, la disposición global del mundo y su ordenación, lo cual resulta absolutamente inverosímil. Porque, en general,  
 7 los que están convencidos realmente de que a través de las historias monográficas tienen una adecuada visión del conjunto, creo que sufren algo parecido a los que han contemplado esparcidas las partes de un cuerpo antes dotado de vida y de belleza, y ahora juzgan que han sido testigos oculares suficientes de su vigor,  
 8 de su vida y de su hermosura. Pero si alguien recompusiera de golpe el cuerpo vivo y consiguiera devolverle su integridad, con la forma y el bienestar de su espíritu, y luego, ya conseguido esto, mostrara de nuevo el cuerpo a aquellos mismos, estoy seguro de que todos confesarían al punto que antes habían quedado muy  
 9 lejos de la verdad, y que habían sido parecidos a los que sufren visiones en sueños. Es verdad que la parte puede ofrecer una cierta idea del todo, pero es imposible que proporcione un conocimiento exhaustivo y un juicio exacto. Por eso hay que considerar que la  
 10 historia monográfica aporta poca cosa al conocimiento y al establecimiento de hechos generales. Sin embargo,  
 11 a partir del entrelazamiento y la comparación de todos

los hechos entre sí, y además de su semejanza y su diferencia, sólo así uno lograría y podría alcanzar, al propio tiempo, el goce y el provecho proporcionados por la historia.

5

*Introducción  
al libro I. Origen de  
la primera guerra  
púnica*

Estableceremos como punto inicial de este libro la primera travesía que los romanos efectuaron fuera de Italia. Este comienzo sigue inmediatamente a los sucesos

en los que se detuvo Timeo<sup>17</sup> y cae en la olimpiada  
2 ciento veintinueve. Convendría, pues, explicar cómo y  
cuándo los romanos, que ya habían resuelto satisfactoriamente sus problemas en Italia, se lanzaron a cruzar el mar hasta Sicilia, y aclarar con qué medios lo hicieron. Tal isla fue el primer territorio exterior a  
3 las regiones italianas que los romanos invadieron. La causa de esta travesía debe ser expuesta sin más, evitando así que al indagar la causa de la causa, el comienzo y la investigación de todo lo expuesto, llegue a  
4 carecer de fundamento. Debe escogerse como principio un momento reconocido y aceptado por todos, que permita por sí mismo la visión de los acontecimientos. Incluso si es preciso, remontarse algo en el tiempo y hacer una recapitulación que abarque los momentos  
5 intermedios, porque si se ignora el momento inicial o, ¡por Zeus!, se discute, será imposible pedir aceptación y crédito para lo que siga, mientras que si se ha dispuesto de un principio reconocido acerca del punto inicial, todo el desarrollo subsiguiente resultará aceptable para los lectores<sup>17 bis</sup>.

<sup>17</sup> Para el comentario histórico de este primer libro, cf. WALBANK, *Commentary*, págs. 46-47.

<sup>17 bis</sup> Literalmente, el texto habla de «los oyentes» (*toîs akouousin*). Todavía Polibio piensa, ante todo, en un auditorio informado de su obra histórica a través de lecturas públicas, como en tiempos de Heródoto.

Había empezado el año decimonono después de la 6 batalla naval de Egospótamos<sup>18</sup>, que es el decimosexto anterior a la que se libró en Leuctra<sup>19</sup>. En este año 2 los lacedemonios firmaron con el rey de los persas la paz llamada de Antálcidas<sup>20</sup>, y Dionisio el Viejo, tras derrotar a los griegos de Italia en la batalla habida junto al río Eléporo<sup>21</sup>, asediaba Regio. Por su parte, los galos<sup>22</sup> habían tomado, y retenían por la fuerza, la ciudad de Roma, a excepción del Capitolio. Los ro- 3 manos concertaron treguas y un cese de hostilidades

<sup>18</sup> Río que está en el Quersoneso Tracio, ante cuya desembocadura se libró la batalla naval que decidió la derrota definitiva de Atenas en la guerra del Peloponeso (405).

<sup>19</sup> Tras la hegemonía espartana subsiguiente a su victoria en la guerra del Peloponeso, sigue una meteórica hegemonía tebana entre las dos batallas de Leuctra, Tebas contra Esparta, con victoria de la primera (371, decidida por el genio militar de Epaminondas) y de Mantinea (362), ganada también por los tebanos contra una confederación peloponesia. Pero en ella murió el general vencedor, Epaminondas (362), y el papel de Tebas en el desarrollo de los asuntos griegos quedó relegado a un segundo plano.

<sup>20</sup> La paz de Antálcidas, llamada también «paz del Rey», por haber sido impuesta a los griegos por el emperador persa en el año 386, hizo que Esparta perdiera la hegemonía en el Asia Menor (en la costa meridional, el Quersoneso rodio y la isla de Rodas), pero que recuperara la hegemonía en Grecia. Los más perjudicados fueron los atenienses. Pero la hegemonía tebana seguirá inmediatamente. Como nota el profesor A. DÍAZ TEJERA, *Polibio, Historia I/1*, Madrid-Barcelona, 1972 (citado, desde ahora, DÍAZ TEJERA, *Polibio*), pág. 16, nota al pie, el principio absoluto del que parte Polibio es la toma de Roma por los galos (387/386).

<sup>21</sup> Es el actual río Stilaro, al N. de Caulonia, en Bruttium. Dionisio I de Siracusa derrotó allí, en el año 389, a un ejército de veintisiete mil italiotas, lo cual le permitió asentarse firmemente en Italia. La ciudad de Regio le ofreció, sin embargo, tenaz resistencia.

<sup>22</sup> Primera aparición de los galos en la historia de Polibio, en la que saldrán con frecuencia. Pero su protagonismo principal lo ejercen en II 17-35.

satisfactorio para los galos, y dueños de nuevo de su país contra toda esperanza, consideraron tal circunstancia como principio de su desarrollo, y en los tiempos siguientes guerrearon contra los limítrofes de su ciudad. Se convirtieron en señores de todos los pueblos latinos<sup>23</sup> tanto por su valor como por su buena estrella en los combates; después lucharon contra los tirrenos, seguidamente contra los celtas, y a continuación contra los samnitas, colindantes [éstos] con el país de los latinos por el Norte y por el Este. Pasó cierto tiempo; los tarentinos, que habían tratado con insolencia a unos legados romanos, se atemorizaron por ello, y se atrajeron a Pirro; fue en el año anterior al de la expedición de los galos que fue aniquilada en Delfos, y ellos se vieron forzados a navegar hacia Asia.

Los romanos, tras someter a los etruscos y a los samnitas, tras haber vencido, además, en muchas batallas a los celtas de Italia, atacaron entonces por primera vez las partes restantes de ella. No era su intención hacer la guerra por un territorio extranjero, sino, en la mayoría de las veces, por algo que ya era suyo y les pertenecía. Sus contiendas contra samnitas y galos habían convertido a los romanos en verdaderos campeones en las acciones de guerra. Sostuvieron bravamente estas hostilidades, y acabaron por desalojar de Italia a las fuerzas de Pirro; guerrearon de nuevo y destrozaron a los que habían hecho causa común con él. Se convirtieron, pues, en dueños de todo, contra lo que cabía esperar, ya que sometieron a todos los habitantes de Italia, excepción hecha de los galos. Y a

<sup>23</sup> A raíz de la situación apurada de Roma ante los galos, los pueblos latinos tendieron a separarse de ella. Tíbur y Preneste formaron una liga por separado. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

continuación emprendieron el asedio de los romanos que entonces dominaban en Regio<sup>24</sup>.

Mesina y Regio, ciudades fundadas a ambos lados del estrecho, habían sufrido una suerte singular y semejante. Por lo que atañe a Mesina, en una época no muy anterior a los hechos de que ahora nos ocupamos, los campanos, que actuaban como mercenarios a las órdenes de Agatocles<sup>25</sup>, y que antes se habían visto cautivados por la belleza y por las demás ventajas de la ciudad, así que se les presentó una ocasión favorable resolvieron de inmediato violar las treguas; entraron como amigos, se apoderaron de la población, expulsaron a unos ciudadanos y degollaron a otros. Después de hacer esto, tomaron a las mujeres y a los hijos de aquellos a quienes habían desposeído tal como la Fortuna<sup>26</sup> se los distribuyó en el momento mismo del crimen; luego se repartieron las riquezas restantes, y todo el territorio, y se quedaron con ello. Como se apoderaron rápida y fácilmente de un hermoso país y de una bella ciudad, no tardaron en encontrar imitadores de su fechoría. En el tiempo en que Pirro<sup>27</sup> había cru-

<sup>24</sup> La situación es clara: los romanos acudieron a asediar a otros romanos que, mandados por Decio, habían logrado hacerse con el dominio de la ciudad de Regio mediante una traición.

<sup>25</sup> Agatocles es el tirano de Siracusa con el título de rey.

<sup>26</sup> Además de lo dicho en la nota 15, un amplio estudio sobre la Fortuna en Polibio puede verse en DÍAZ TEJERA, *Polibio*, páginas XCI-XCVII.

<sup>27</sup> Era a principios del año 281. Pirro fue llamado por los tarentinos, atemorizados por el empuje de los romanos hacia el N. Es el momento de la gran expansión del dominio cartaginés; Cartago dominaba todo el mar Tirreno con bases en Cerdeña, en Sicilia y en las Baleares. Un mapa del imperio cartaginés de este tiempo puede verse en *Grosser Historischer Weltatlas*, editado por la Bayerische Schulbuch Verlag, I Teil, Vorgeschichte und Altertum, Munich, 1972 (citado, desde ahora, *Weltatlas*, I), pág. 37. Una valoración general del mundo griego en este momento, en H. BENGSTON, *Griechische Geschich-*

zando el mar hasta Italia, los reginos, sobrecogidos por tal expedición y temerosos de los cartagineses, que eran la primera potencia marítima, consiguieron de los romanos una guarnición y ayuda. Llegaron, pues, y durante cierto tiempo guardaron la ciudad y la confianza depositada en ellos; eran cuatro mil en número, mandados por Decio Campano. Con todo, acabaron por emular a los mamertinos, a los que tomaron por colaboradores. Estos romanos, codiciosos de la estratégica situación de esta ciudad y de la prosperidad de los reginos, debida a sus propiedades, traicionaron el pacto que les unía a ellos, arrojaron del país a unos ciudadanos, degollaron a otros, y se adueñaron de la ciudad; no de otra manera habían procedido los campanos. Todo ello enojó a los romanos, pero de momento no pudieron hacer nada, porque estaban embarcados en las guerras antedichas. Cuando se vieron libres de ellas cercaron y bloquearon la ciudad de Regio, tal como arriba indiqué. Y lograron el triunfo. Durante la misma acción mataron a la mayor parte de los asediados, que se defendían encarnizadamente porque prevenían el futuro. Pero cogieron vivos a más de trescientos, que enviaron a Roma. Los cónsules los condujeron hasta el foro, les mandaron azotar y los decapitaron a todos con hachas, según es uso entre los romanos. Con aquel castigo pretendían levantar en lo posible la confianza que sus aliados habían puesto en ellos. Y devolvieron, al punto, a los reginos su país y su ciudad.

Los mamertinos<sup>28</sup> (pues los campanos que se habían apoderado de Mesina se habían aplicado a sí mismos

te, Múnich, 1950 (citado, desde ahora, BENGSTON, *Geschichte*), páginas 372 y sigs.

<sup>28</sup> El nombre «mamertino» parece derivarse de Mamertos, equivalente, en lengua campana, al Marte de los romanos. Quizás haya aquí una alusión a la belicosidad excepcional de estas gentes.

este nombre), mientras se beneficiaron de la alianza pactada con los romanos que retenían Regio, no sólo dominaron con seguridad su territorio y su ciudad, sino que inquietaron cada cierto tiempo la frontera de los cartagineses y de los siracusanos, y se hicieron pagar tributos en muchas partes de Sicilia. Mas cuando se vieron sin la ayuda mencionada porque los que dominaban en Regio estaban asediados, fueron empujados inmediatamente por los siracusanos a su ciudad. Las causas de ello fueron, entre otras, las siguientes:

No mucho tiempo antes, las tropas de los siracusanos, apostadas en Mergane<sup>29</sup>, rompieron con los que residían en la ciudad, y en Mergane misma nombraron sus propios generales: Artemidoro, y el que después de estos hechos fue tirano de Sicilia, Hierón<sup>30</sup>, quien entonces era muy joven, desde luego, pero a quien su noble linaje dotó de capacidad para reinar y actuar. Hierón, pues, recogió el mando, con la ayuda de algunos íntimos entró en la ciudad, logró dominar a sus adversarios políticos, y dispuso con tanta prudencia y magnanimidad los asuntos que los siracusanos, que nunca aceptaban que los soldados eligieran a sus jefes, en aquella ocasión acordaron por unanimidad tener a Hieron como general en jefe. Ya en sus primeras decisiones Hierón evidenció a los buenos observadores que abrigaba aspiraciones superiores a las del generalato.

Veía que los siracusanos, cada vez que mandaban fuera a sus tropas, y a sus magistrados con ellas, se peleaban entre sí, y siempre maquinaban cambios políticos. Se dio cuenta, además, de que Leptines<sup>31</sup> so-

<sup>29</sup> Mergane: no se ha logrado identificar este topónimo con el de ninguna población siciliana actual.

<sup>30</sup> Una apreciación de la figura de Hierón, en BENGSTON, *Geschichte*, pág. 388.

<sup>31</sup> Obscuro personaje del que no se sabe nada. El caso no



bresalía mucho, en prestancia y en crédito, del resto de los conciudadanos; el pueblo tenía de él una opinión excepcional. Traba, pues, parentesco con él, ya que quería dejarle en la ciudad como lugarteniente cada vez que él debiera salir personalmente con las 3 tropas para alguna acción. Efectivamente, toma por mujer a la hija del mencionado Leptines, y tras comprobar que sus antiguos mercenarios le eran desafectos, además de levantiscos, los conduce en expedición militar, dirigida en apariencia contra los bárbaros, dueños 4 de Mesina<sup>32</sup>. Acampó cerca de Centóripa, frente al enemigo, estableció la línea de combate a lo largo del río Ciamosoro<sup>33</sup>, y él personalmente mantuvo la caballería y la infantería nacionales a una cierta distancia, como si quisiera entablar batalla con el enemigo en otro lugar. Puso en la vanguardia a los mercenarios y permitió que murieran todos abatidos por los bárbaros. Mientras éstos eran masacrados él efectuó sin pe- 5 ligro la retirada, junto con sus conciudadanos, hacia Siracusa. Tras poner fin a este asunto de modo efectivo, alejados ya de su ejército los elementos turbulentos y revoltosos, reclutó personalmente un número suficiente de mercenarios, y ya ejerció con seguridad el 7 mando militar. Al observar que los bárbaros, debido a su éxito, se revolvían con más audacia y temeridad, armó y entrenó enérgicamente a las tropas ciudadanas, las hizo salir y entablar combate con el enemigo en la 8 llanura de Milea, junto al río llamado Longano<sup>34</sup>. In-

es infrecuente en la obra de Polibio, pero no se precisarán más en estas notas.

<sup>32</sup> Cuando se trate de topónimos o gentilicios existentes hoy y muy conocidos, se dará siempre la versión actual del nombre en castellano.

<sup>33</sup> Centóripa, la actual Centuripe, cerca de las fuentes del actual río Salso, el antiguo Ciamosoro.

<sup>34</sup> Milea es una pequeña llanura que está al N. de Mesina, pero no en la orilla del Longano, que fluye algo más al S.

fligió una severa derrota al adversario, y logró coger prisioneros a sus generales; así atajó la osadía de los bárbaros, y tras su regreso a Siracusa fue aclamado rey<sup>35</sup> por todos los aliados.

Los mamertinos, privados primero del apoyo de los 10 de Regio, como dije más arriba<sup>36</sup>, estaban entonces, debido a las causas aducidas, en la más completa de las bancarrotas en sus propios recursos. Unos buscaron refugio entre los cartagineses, y les cedieron su ciudadela y sus propias personas, en tanto que otros 2 enviaron a los romanos embajadores que les ofrecieran la ciudad y demandaran ayuda, fundándose en que eran hermanos de raza. Los romanos vacilaron mucho tiem- 3 po, porque, en su opinión, saltaba a la vista lo absurdo de la ayuda: pues el hecho de que quienes poco tiempo 4 antes habían ejecutado con el suplicio mayor a sus propios ciudadanos por haber traicionado los pactos establecidos con los reginos, ahora ayudaran a los mamertinos, que habían cometido algo semejante no sólo contra la ciudad de Mesina, sino contra la de Regio, era en sí un error difícilmente justificable. Pero sin 5 dejar de ver, en último término, las claras objeciones, veían también que los cartagineses habían sometido no sólo los territorios de África, sino además muchos de España<sup>37</sup>, que eran dueños de todas las islas del

<sup>35</sup> Esta afirmación de Polibio es dudosa: en Siracusa nunca existió el título de «rey», aunque en realidad el gobierno fuera monárquico. La institución de la tiranía se prolongó en Siracusa y sobrevivió a las restantes de Grecia, precisamente por la suma habilidad de sus tiranos.

<sup>36</sup> Cf. I 8, 1-2.

<sup>37</sup> Los límites y la modalidad de la dominación cartaginesa en España en esta época son inciertos: se trataría del S. y del SE., más que nada con algunas bases de operaciones y un vago dominio territorial sobre ciertas zonas; lugares seguros parecen ser Malaca (Málaga), Abdera (Adra) y Calpe (Gibraltar), y sobre todo Cartago Nova, la actual Cartagena.

6 mar de Cerdeña y del mar Tirreno. Los romanos con-  
sideraban con razón que, si los cartagineses se apode-  
raban, por añadidura, de Sicilia, les resultarían vecinos  
temibles y excesivamente gravosos, pues les tendrían  
rodeados y ejercerían presión sobre todas las regiones  
7 de Italia. Resultaba claro, en consecuencia, que si los  
mamertinos no alcanzaban la ayuda, los cartagineses  
8 someterían al punto Sicilia. Porque en cuanto se adue-  
ñaran de Mesina, que ahora se les entregaba, en breve  
plazo iban a destruir Siracusa, porque dominaban prác-  
9 ticamente todo el resto de Sicilia. Previendo esto los  
romanos, y considerando que no podían abandonar  
Mesina ni permitir que los cartagineses tendieran un

---

No es a satisfacción plena como el traductor utiliza el claro anacronismo «España» en las referencias polibianas a la Península Ibérica. Pero PÉDECH (*Polybe*, I) y PATON (este último en su edición de Polibio, *Polybius, The Histories*, Cambridge, Massachusetts, 1960, en seis volúmenes), traducen, sin excepción, «Espagne» y «Spain», respectivamente; también «Spain», WALBANK, *Commentary*, ad. loc.. También traducen «Italia» cuando llega el caso, pero el paralelismo no me parece convincente. «Iberia» y «Península Ibérica» son las alternativas posibles. DÍAZ TEJERA, *Polibio*, traduce por «Iberia», y SCHWEIGHÄUSER, en la versión latina de su edición del texto griego, *Polybii Historiarum reliquiae*, París, 1839, traduce por «Hispania». La traducción «Iberia» adolece, a mi entender, del defecto de que, si se acepta, debe aplicarse este nombre a partes de la península claramente no ibéricas, así, por ejemplo, a propósito de la incursión de los cartagineses, mandados por Amílcar, por tierras de Salamanca y de la cuenca del Duero (III 14). Polibio escribe, en griego, ciertamente «Iberia», pero el concepto polibiano y el actual de Iberia no coinciden, me parece. De hecho, el dominio de los cartagineses en nuestra península fue siempre limitado a tierras andaluzas y del Levante español, con alguna ramificación hacia el N.: Barcelona parece ser fundación cartaginesa, sobre cinco poblados ibéricos preexistentes. De todos modos, estoy de acuerdo en que traducir el griego de Polibio «Iberia» por «España» es una triste solución, pero la única aceptable, a un problema insoluble.

puente para sus incursiones contra Italia, hicieron largas deliberaciones.

El Senado rechazó categóricamente la petición por 11 las causas antedichas: las ventajas de prestar esta ayuda se veían contrapesadas por lo absurdo del auxilio a los mamertinos. Pero la plebe, que estaba arruinada 2 por las guerras anteriores y clamaba por una recuperación, fuera la que fuera, decidió finalmente la ayuda, ello tanto por lo que se acaba de exponer en cuanto al interés común que presentaba esta guerra, como porque los generales andaban señalando, a cada uno en particular, las grandes y evidentes ventajas. El pue- 3 blo aprobó por votación el decreto, y los romanos nombraron general a uno de los cónsules, a Apio Claudio. Le enviaron con la orden de pasar hasta Mesina y prestar allí ayuda. Los mamertinos lograron expulsar al 4 general cartaginés, que ocupaba ya la ciudadela, en parte con intimidaciones y en parte con engaños, llama- ron a Apio y pusieron la ciudad en sus manos. Los car- 5 tagineses crucificaron a su general, convencidos de que había evacuado la ciudadela por negligencia y cobardía. Luego tomaron posiciones: con su flota junto al cabo 6 Peloriade<sup>38</sup>, y con su infantería en las llamadas Sines, establecieron un enérgico bloqueo sobre Mesina. Fue 7 entonces cuando Hierón, persuadido de que las circunstancias actuales eran las más indicadas para arro- jar totalmente de Sicilia a los bárbaros que retenían Mesina, pactó con los cartagineses, tras lo cual salió 8 de Siracusa y se puso en marcha hacia la ciudad mencionada. Acampó frente a ella, junto al monte llamado Calcídico<sup>39</sup>, y cerró por allí la salida a los de la ciudad.

---

<sup>38</sup> El actual Capo di Faro, promontorio al NE. de Sicilia. No sabemos, en cambio, qué son las Sines: quizás se trate de algún lugar al N. de Mesina.

<sup>39</sup> Tampoco podemos localizar este topónimo, pero por el

9 El general romano Apio cruzó de noche y por sor-  
 10 presa el estrecho, y llegó hasta Mesina. Al ver que el  
 enemigo ejercía por todas partes gran presión sobre  
 la ciudad, pensó que sería para él un deshonor y ade-  
 más un riesgo dejarse asediar, ya que el enemigo do-  
 11 minaba mar y tierra. Empezó, pues, por enviar legados  
 a ambos bandos, con la intención de apartar de la gue-  
 12 rra a los mamertinos. Pero como nadie le atendió, al  
 final decidió, obligado por las circunstancias, afrontar  
 13 los peligros y atacar a los siracusanos. Hizo salir su  
 ejército y lo dispuso en orden de combate; por su  
 14 parte, el rey de Siracusa bajó presto a la pelea. La  
 pugna duró largo tiempo, pero Apio logró superar al  
 enemigo y persiguió a todos sus contrarios hasta sus  
 15 trincheras. Despojó a los cadáveres y se replegó hacia  
 Mesina, mientras que Hierón, que empezó a recelar del  
 éxito final del intento, cuando sobrevino la noche se  
 retiró a toda prisa hacia Siracusa.

12 Al día siguiente, cuando Apio se dio cuenta de la  
 retirada de los antedichos, cobró ánimo, y decidió no  
 2 diferir el ataque contra los cartagineses. Ordenó a sus  
 soldados que la comida se hiciera en el momento ade-  
 cuado, y salió del campamento al amanecer.

3 Trabando combate con los adversarios, les infligió  
 gran número de bajas, y al resto les obligó a huir en  
 4 desbandada a las ciudades cercanas. Apio explotó estos  
 éxitos, levantó el cerco de Mesina, y desde entonces  
 hacía marchas impunemente, en las que se dedicaba a  
 talar los territorios de los siracusanos y también los  
 de aquellos que se les habían aliado, sin que nadie se  
 le opusiera en campo abierto. Finalmente, acampó en  
 los alrededores de Siracusa e inició su asedio.

---

desarrollo de la operación militar se trata, sin duda, de una  
 prominencia al S. de Mesina.

Esta fue la primera expedición de los romanos fuera 5  
 de Italia con un ejército, y fue por las razones y en el 6  
 tiempo indicados. Considerando que era el comienzo 6  
 más adecuado para el conjunto de la exposición, la  
 establecimos como principio, remontándonos un poco  
 más en el tiempo, para no dejar ninguna duda en  
 cuanto a la explicación de las causas. Saber cómo y 7  
 cuándo los romanos, que habían tropezado con dificul-  
 tades en su propio país, empezaron a progresar, cono-  
 cer cómo de nuevo, dueños ya de la situación en Italia,  
 se lanzaron a empresas fuera de ella, lo supusimos  
 necesario para los que van a seguirnos. Así dispondrán 8  
 de una apropiada visión de conjunto de aquello en que  
 se cifra la actual supremacía romana. Por esto, tampoco 8  
 hay que extrañarse en lo que sigue, si alguna vez, al  
 tratar de las naciones más famosas, nos remontamos  
 en el tiempo. Lo haremos para alcanzar unos princi- 9  
 pios, a partir de los cuales se perciban con claridad  
 los puntos de partida, cómo y cuándo se lanzó cada  
 una para llegar a la situación en la que actualmente  
 se encuentra. Es precisamente lo que acabamos de  
 hacer con los romanos <sup>40</sup>.

Pero ya es hora de que abandonemos esto, y expon- 13  
 ga yo mis propósitos. Voy a señalar, de manera breve  
 y resumida, los hechos que comprenderá esta *Intro-*  
*ducción* <sup>41</sup>. Los primeros, por orden, serán los ocurridos 2  
 entre romanos y cartagineses en la guerra de Sicilia <sup>42</sup>.

---

<sup>40</sup> Aquí aparece por primera vez algo que se dará frecuen-  
 temente en la obra de Polibio: una recapitulación de lo ex-  
 puesto anteriormente, que a su vez fundamenta algo, aquí  
 exactamente dos cosas: el método polibiano de redactar su his-  
 toria y el acceso de los romanos a su supremacía política in-  
 discutida.

<sup>41</sup> Se refiere al contenido de los libros I y II.

<sup>42</sup> Se trata de la primera guerra púnica entre romanos y  
 cartagineses; hasta ahora, Polibio no la había citado; duró de  
 los años 264-241.

- 3 Conectada con ella estará la guerra de Africa, y enlazada con esta última la de Amílcar en España; seguirá
- 4 la que hicieron Asdrúbal y sus cartagineses. Por el mismo tiempo que éstas fue la primera expedición de los romanos hacia Iliria<sup>43</sup> y estas partes de Europa. Además de las dichas, pertenecen a esta época las campañas de los romanos contra los celtas de Italia.
- 5 Paralelamente a todo ello se producía en Grecia la llamada guerra de Cleómenes, con la que pondremos fin al conjunto de la *Introducción* y al libro segundo.
- 6 No nos ha parecido necesaria, ni útil para nuestra audiencia, una enumeración detallada de los hechos
- 7 mencionados. En efecto, no nos proponemos historiarlos, pero hemos decidido mencionarlos de forma resumida como preparación adecuada a los hechos de los
- 8 que vamos a hacer la historia. Por ello, de todo lo dicho tocaremos lo más importante, en su orden cronológico, y nos esforzaremos en enlazar el final de esta
- 9 *Introducción* con el principio y el objeto de nuestra *Historia*. Con un método así, la exposición será seguida, y en nuestra opinión enlazaremos de manera satisfactoria las cosas ya relatadas antes con las otras. Haremos accesible y fácil de comprender para los
- 10 estudiosos, por medio de esta disposición, el camino hacia lo que está aún por decir. Intentaremos exponer algo
- 11 más cuidadosamente la primera guerra que surgió entre romanos y cartagineses por Sicilia; es difícil encontrar otra guerra más prolongada que ésta, con preparativos más completos, con acciones más seguidas, con un número mayor de batallas y de peripecias que las que en la citada guerra afectaron a los dos bandos.
- 12 En aquella época los dos estados conservaban intactas sus instituciones, no les había favorecido demasiado la

<sup>43</sup> Son los territorios de la actual Yugoslavia y Albania.

Fortuna<sup>44</sup>, y sus fuerzas eran muy semejantes. Por eso, los que quieran comprender bien la peculiaridad y la pujanza de cada uno de ellos deberán formar su juicio no tanto por las guerras que siguieron a éstas como por ella misma.

*Crítica de los  
historiadores Filino  
y Fabio Pictor*

No menos que todo lo aducido<sup>14</sup> me ha incitado a detenerme en esta guerra el hecho de que los que parece que han escrito con más conocimientos de ella, Filino y Fabio<sup>45</sup>, no nos han transmitido la verdad como hubiera debido de ser. No supongo que estos hombres 2

<sup>44</sup> Aquí el texto original (*metria tais tychais*) es de interpretación dudosa. SCHWEIFHÄUSER, en su traducción latina (cf. nota 37), tradujo *fortunis mediocres*, versión que los traductores modernos no interpretan del mismo modo. ПЕДЕЧ, *Polybe*, I, página 34, nota el pie, dice que ambos estados, Roma y Cartago, tenían «une situation moyenne». PATON, en su edición (cf., asimismo, la nota 37), traduce «the two states were... moderate in fortune», traducción ambigua, quizás intencionadamente, porque el término inglés crucial «fortune» puede significar el griego *tyche* o los medios materiales (fortuna, riqueza). En el otro lado está WALBANK, *Commentary*, ad loc., que se inclina decididamente por el griego *tyche* como fortuna, destino, y propone la interpretación siguiente: Roma y Cartago merecen su pujanza y su prosperidad más a su propio esfuerzo y virtudes morales que a la ayuda de la Fortuna. En su texto, Pédech traduce «une modeste part de chance», con lo que parece abonar la interpretación de Walbank. Pero, ya en el siglo XVIII, GRONOVIO había traducido el lugar *fortunis sufficientes*, es decir, señalaba que Roma y Cartago contaban con medios suficientes para sostener una guerra larga. DÍAZ TEJERA, *Polibio*, traduce «moderados en los beneficios de la fortuna», interpretación que no se aleja de la presente traducción. El sentido general de la palabra *tyche* parece excluir la traducción de Gronovio.

<sup>45</sup> Se trata de dos historiadores antiguos, siciliano el primero y romano el segundo, iniciadores en Roma del género histórico. Filino historió la primera guerra púnica y se mostró favorable a los cartagineses; la obra de Fabius Pictor se titulaba *Annales* y narraba la historia de Roma desde los amores de

hayan mentido a propósito, a juzgar por sus vidas y sus ideas. Pero creo que les ha ocurrido aproximadamente lo que a los enamorados. Debido a sus ideas y simpatías, Filino cree que los cartagineses lo hicieron todo con prudencia, con nobleza y con valor, y los romanos, todo lo contrario; Fabio piensa exactamente al revés. En los demás aspectos de la vida esta inclinación no debe, seguramente, rechazarse. El hombre cabal debe ser amigo de sus amigos y de su país; debe también compartir con los amigos el odio a los enemigos y el amor a los amigos. Pero cuando se toma conciencia del carácter propio de la historia, debemos olvidar todo esto<sup>46</sup>. Con mucha frecuencia nos tocará alabar a los enemigos y exornarles con los máximos elogios, cuando sus actos así lo requieran, y muchas veces también reprochar y despreciar vergonzosamente a los más allegados, cada vez que lo exijan sus faltas de conducta. Pues lo mismo que un ser viviente privado de la vista es totalmente inútil, así lo que queda a la historia, una vez eliminada la verdad, resulta ser un relato inservible. No debe, pues, el historiador dudar en recriminar a los amigos ni en elogiar a los enemigos, ni debe asustarse, tampoco, de encomiar ahora y vituperar después a los mismos, ya que es imposible que aquellos que se mueven en empresas acierten siempre, ni es tampoco verosímil que yerren continua-

Dido y Eneas hasta su época contemporánea. A pesar de la crítica desfavorable que de ellos hace Polibio, seguramente han sido sus únicas fuentes para describir la primera guerra púnica; cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>46</sup> En el conjunto de la obra de Polibio hay, ciertamente, narraciones y explicaciones particulares y concretas no exentas de alguna puerilidad, pero con todo prepondera enormemente la gran seriedad con que nuestro autor se toma su obra de historiador. Por lo demás, acerca de la concepción polibiana de la historia puede leerse con fruto DÍAZ TEJERA, *Polibio*, páginas LXXII-XCI.

mente. En las obras históricas debemos prescindir de los protagonistas, y debemos adaptar las afirmaciones y los juicios que sean precisos sólo a los hechos. En lo que sigue se puede comprobar la justeza de nuestra aseveración.

Cuando da comienzo a los hechos, en su segundo libro, Filino afirma que cartagineses y siracusanos habían empezado la guerra y asediaban militarmente Mesina. A continuación explica que los romanos, nada más llegar por mar a la ciudad, hicieron una salida contra los siracusanos, y que, al sufrir grandes pérdidas, se replegaron hacia Mesina. Con todo, salieron de nuevo, esta vez contra los cartagineses, y sufrieron un duro golpe, pues perdieron bastantes soldados, que cayeron prisioneros vivos. Tras explicar esto afirma que Hierón, después de este choque, perdió de tal manera la cabeza, que no sólo pegó fuego, al instante, a su propio atrincheramiento y a sus tiendas y huyó de noche a Siracusa, sino que además abandonó a su suerte a todas las guarniciones distribuidas por el territorio de los mesinenses. E igualmente dice que los cartagineses tras la refriega dejaron inmediatamente sus trincheras y se diseminaron por las ciudades, sin atreverse a presentar combate en campo abierto. Entonces sus comandantes, conscientes de que la masa de sus hombres se había acobardado, determinaron no decidir la confrontación por las armas. Los romanos, prosigue Filino, les persiguieron, y no se limitaron a talar el territorio de cartagineses y siracusanos, sino que tomaron posiciones junto a la propia Siracusa, y se dispusieron a emprender el asedio. Todo esto, a mi modo de ver, está lleno de absurdos de todo tipo, y no necesita en modo alguno de discusión. En efecto: presenta como fugitivos que rehuyen el campo abierto, que acaban asediados y acobardados en su espíritu a los mismos que nos había mostrado como sitiadores

8 de Mesina y vencedores en aquellos combates. En cambio, los que había señalado como derrotados y asediados, luego nos los exhibe como perseguidores y dueños inmediatos del campo abierto, y, finalmente, como  
 9 sitiadores de Siracusa. Es totalmente imposible que esos hechos concuerden entre sí; ¿cómo podrían hacerlo? Por el contrario, es preciso que sean falsas o bien las primeras suposiciones, o bien los resultados  
 10 de los sucesos. Lo que responde a la verdad es lo último, porque los cartagineses y los siracusanos se retiraron de los lugares abiertos, y los romanos hostilizaron al punto Siracusa, como este historiador declara,  
 11 y atacaron también Equetla <sup>47</sup>, plaza situada en el límite de los dominios cartaginés y siracusano. Es preciso, pues, reconocer que son falsos los comienzos y las premisas, y que, a pesar de la inmediata victoria de los romanos en los encuentros librados cerca de Mesina,  
 12 Filino nos relató que ellos habían sido derrotados. De este historiador se puede constatar que procede igual a lo largo de toda su obra, y lo mismo cabe señalar  
 13 de Fabio, como se demostrará oportunamente <sup>48</sup>. Tras exponer las razones que han aconsejado esta digresión, volveremos a los hechos y procuraremos, componiendo una narración seguida, conducir a los lectores, mediante pocas palabras, a hacerse una idea concreta, en lo que se refiere a la guerra citada.

16 Cuando, procedentes de Sicilia, llegaron a Roma las noticias de los éxitos de Apio y sus legiones, Manio Otacilio y Manio Valerio, nombrados ya cónsules, fueron enviados a la isla como generales, y con ellos, el ejército íntegro. Los romanos tienen, además de las legio-

<sup>47</sup> Plaza fuerte situada entre Camarina y Leontini.

<sup>48</sup> Cf. III 8.

nes de los aliados otras cuatro formadas totalmente por ciudadanos, que son reclutadas anualmente <sup>49</sup>. Cada legión cuenta con cuatro mil soldados de a pie y trescientos de a caballo. Cuando los romanos comparecieron en Sicilia, la mayor parte de las ciudades desertaron de siracusanos y de cartagineses, y se les pasaron. Hierón, al observar la agitación y el estupor de los sicilianos, así como el número y la fuerza de las legiones romanas, calculó, por todas estas razones, que era más seguro depositar las esperanzas en los romanos que en los cartagineses. Sus reflexiones le llevaron a este partido, y envió una embajada a los cónsules con vistas a un tratado de paz y de amistad. Los romanos, por su parte, no lo despreciaron, mucho menos teniendo en cuenta su propio avituallamiento: en efecto, los cartagineses dominaban el mar, y preocupaba a los romanos que les interceptaran por todas partes los avituallamientos, pues padecían grave escasez de víveres ya antes de que las legiones efectuaran la travesía. Los romanos, pues, aceptaron satisfechos la amistad de Hierón, ya que consideraron que iba a serles muy útil en el aspecto citado. Hicieron un pacto, en virtud del cual el rey devolvería sin rescate los prisioneros a los romanos, y, además, añadiría cien talentos. Desde entonces los romanos comenzaron a tratar a los siracusanos como amigos y aliados. El rey Hierón, una vez confiado a la protección de los romanos, fue proporcionándoles suministros según sus necesidades, y desde entonces reinó sin temor sobre los siracusanos, sin otra ambición que las coronas y los honores que

<sup>49</sup> Esta descripción de las legiones romanas no es siempre válida. En momentos graves, por ejemplo, los siguientes a la batalla de Trasimeno (III 106-108), la composición de la legión se modifica. El lugar clásico de la descripción de la legión y del campamento romano lo ofrece precisamente Polibio en VI 19-42.

- 11 le tributarán los griegos. En efecto, es opinión general que él ha sido el más ilustre de todos, y el que se aprovechó por más tiempo de su propia perspicacia, tanto en su vida privada como en su actividad política.
- 17 Cuando estos acuerdos fueron transmitidos a Roma, y el pueblo aceptó y ratificó los convenios con Hierón, los romanos decidieron no enviar, en adelante, todas sus tropas a Sicilia, sino dos legiones únicamente. Pensaban que, gracias a la alianza con el rey, aquella guerra ya les era menos gravosa, y suponían, además, que sus fuerzas dispondrían con más holgura de lo preciso. Los cartagineses, al ver que Hierón se les había convertido en enemigo, y que los romanos, por otra parte, se habían comprometido a fondo en la empresa de Sicilia, pensaron que era precisa una preparación más completa, con la que fueran capaces de afrontar al enemigo y seguir con sus posesiones en Sicilia. Por eso reclutaron mercenarios de la región que se halla frente a Sicilia, muchos ligures y galos, iberos en número aún mayor que el de éstos, y los enviaron todos a Sicilia.
- 5 Observando los cartagineses que la ciudad de Agrigento era la más adecuada para sus preparativos y, al mismo tiempo, la plaza más fuerte que tenían en sus dominios, concentraron en ella sus aprovisionamientos y sus tropas, pues habían decidido utilizar la ciudad como base de operaciones para esta guerra.
- 6 Los cónsules romanos que habían establecido los acuerdos con Hierón habían regresado a Roma, y los nombrados para sucederles, Lucio Postumio y Quinto Manilio, acudieron a Sicilia con las legiones. Comprobaron las intenciones de los cartagineses y los preparativos que se hacían en Agrigento, y decidieron acometer con

*Toma de Agrigento*

más audacia la empresa. Por eso se desentendieron de la guerra en los demás frentes, llevaron su ejército integro contra la ciudad misma de Agrigento y la hostilizaron; habían acampado a ocho estadios<sup>50</sup> de ella y bloquearon dentro de sus muros a los cartagineses. Como estaba entonces en su apogeo la recolección del trigo<sup>51</sup>, y el asedio se presentaba largo, los soldados romanos se lanzaron con un afán imprudente a la recogida del cereal. Los cartagineses, al ver que el enemigo se había esparcido por su territorio, efectuaron una salida y atacaron a los recolectores. Tras ponerlos en fuga con facilidad, unos cartagineses se dirigieron a saquear el campamento; otros, contra los puestos de los centinelas romanos. Y la excelencia de sus instituciones<sup>52</sup> salvó, entonces como en otras muchas ocasiones, la causa de Roma. Pues la pena decretada entre los romanos para que el que abandona su puesto es la capital, y también para el que acaba por huir y dejar su sitio de centinela. Por eso los romanos se opusieron tenazmente a los enemigos, y aunque perdieron a muchos de los suyos, mataron a un número todavía mayor de cartagineses. Al fin lograron rodear a los adversarios, que estaban a punto de arrancar ya el atrincheramiento, dieron muerte a unos, y atacándole e infligiéndole bajas, persiguieron al resto hasta Agrigento.

Después de todo esto los cartagineses fueron más precavidos en sus ataques, y los romanos, por su parte, fueron a forrajear con una mayor cobertura. Puesto

<sup>50</sup> Entre los romanos, un estadio tenía 178,6 metros, igual que el ateniense. El de otras ciudades griegas tenía una longitud inferior. Las indicaciones de distancia en Polibio, frecuentísimas, se deben calcular siempre según el estadio romano.

<sup>51</sup> Estamos a principios del año 262.

<sup>52</sup> Instituciones: recubre el término griego *ethismós*, de contenido algo vago, pues indica a la vez las instituciones políticas y las leyes y costumbres.

que los cartagineses salían sólo para pequeñas escaramuzas, los cónsules romanos dividieron su ejército en dos partes. Una quedó junto al templo de Asclepio<sup>53</sup>, delante de la ciudad; la otra acampó en los distritos de ella orientados hacia Heraclea. Los romanos fortificaron el espacio intermedio entre sus dos campamentos, a ambos flancos de la ciudad, y por la parte interior trazaron un foso que les proporcionó seguridad contra los que salieran de la población; por la parte exterior abrieron un segundo foso que les resguardaba de los ataques procedentes de fuera, e interceptaba, además, la entrada en la ciudad de lo que habitualmente se introduce en las plazas asediadas. Los espacios vacíos entre los fosos y los campamentos, los ocuparon con puestos de guardia, tras fortificar, a distancias fijas, los lugares que eran estratégicos<sup>54</sup>. Todos los demás aliados iban juntando para los romanos vituallas y el material restante, y lo transportaban a Herbeso<sup>55</sup>; personalmente desde esta ciudad, no muy distante, los romanos llevaban y traían sin cesar sus mercancías, y así, llegaron a disponer copiosamente de todo lo necesario. Cartagineses y romanos permanecieron unos cinco meses en las misma situación, sin lograr obtener unos encima de otros una ventaja decisiva, excepto las ocasionales que sucedieran en las

<sup>53</sup> Emplazado en lo que hoy es ya casco urbano de Agrigento, hacia la parte S. de la ciudad. Normalmente estas indicaciones vienen tomadas de WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>54</sup> Como buen conocedor de las tácticas bélicas, porque, en último término, Polibio era un militar profesional, él se complacía una y otra vez, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de su obra, en la descripción minuciosa de los dispositivos de los ejércitos en los inicios de la batalla, y en el desarrollo de ésta, y también en la reseña detallada de las obras de fortificación o de técnicas de asedio.

<sup>55</sup> Se ignora la localización de este topónimo.

propias escaramuzas. Pero los cartagineses llegaron a 7 pasar hambre por el número de hombres encerrados en la ciudad, no menor a los cincuenta mil, y Aníbal, el general de las tropas sitiadas, ya en situación apurada, enviaba continuamente mensajes a Cartago que anunciaran tal circunstancia, y demandaran ayuda. Los 8 cartagineses llenaron sus naves con los soldados y elefantes que lograron reunir, y enviaron con las naves hacia Sicilia, a Hannón, el otro general, quien, tras 9 concentrar en Heraclea los bagajes y las tropas, primero conquistó, tomándola por sorpresa, la ciudad de Herbeso. Así privó a las legiones enemigas de los mercados y avituallamientos necesarios. Con ello ocurrió 10 que, en realidad, los romanos fueron a la vez sitiadores y sitiados, y llegaron a tal punto de falta de alimentos y de escasez de lo necesario, que pensaron con frecuencia en levantar el asedio, cosa que habrían 11 acabado haciendo si no hubiera sido porque Hierón puso todo su empeño y astucia en disponer para los romanos el avituallamiento adecuado y necesario.

Con todo ello, el ya citado Hannón se dio cuenta 19 de que los romanos estaban debilitados por las enfermedades y por las privaciones, puesto que vivían en un ambiente pestilente; a sus tropas, en cambio, el cartaginés las creía en buena disposición para la batalla. Recogió sus elefantes, que eran unos cincuenta 2 en número, y el resto de su ejército. Avanzó a toda prisa desde Heraclea; había ordenado previamente a la caballería nómida que avanzara por delante y, una vez cerca del atrincheramiento enemigo, lo hostilizara e intentara provocar a la caballería romana. Después volverían grupas y se replegarían hasta reunirse con él. Los nómidas ejecutaron estas órdenes y atacaron 3 uno de los campamentos, pero los romanos hicieron al punto una salida con su caballería y acometieron con ardor a los nómidas. Éstos siguieron sus instruc- 4



ciones y se replegaron hasta reunirse con Hannón y sus hombres, pero luego se revolvieron, se desplegaron y atacaron al enemigo matándole muchos soldados y acosando al resto hasta el atrincheramiento. Realizado ya esto, los de Hannón acamparon encima de los romanos, a unos diez estadios de distancia de ellos, tras apoderarse de una colina llamada Toro<sup>56</sup>. Y así estuvieron dos meses en esta situación, sin hacer nada decisivo, sino limitándose sólo a escaramuzas diarias. Pero Aníbal transmitía señales de fuego<sup>57</sup>, que hacía continuamente desde la ciudad, y enviaba constantes mensajes a Hannón advirtiéndole que la masa ya no podía soportar el hambre, y que muchos de los suyos, empujados por la necesidad, estaban desertando hacia el enemigo. El general cartaginés decidió arriesgarlo todo, y, por su parte, los romanos no estaban menos dispuestos por las causas ya señaladas. Los dos bandos, pues, sacaron sus tropas al lugar que separaba los campamentos y trabaron combate. La refriega duró largo tiempo, pero al final los romanos lograron poner en fuga a los mercenarios cartagineses que luchaban en vanguardia. Éstos mercenarios se precipitaron contra sus propios elefantes y contra las demás formaciones, que estaban situadas detrás, y entonces se produjo la confusión en el ejército entero de los cartagineses<sup>58</sup>. El repliegue fue general; la mayor parte de sus hombres sucumbió, y algunos consiguieron refugiarse en

<sup>56</sup> Otro topónimo imposible de localizar con seguridad; como sea, se trata de una loma no muy distante de la ciudad de Agrigento.

<sup>57</sup> Polibio describe minuciosamente la ejecución de estas señales en X 43-45.

<sup>58</sup> Aquí el texto griego pone exactamente «de los fenicios»: da el nombre de fenicios a los cartagineses, porque éstos, como es sabido, descendían de las colonias fenicias establecidas en el N. de Africa.

Heraclea. Los romanos se apoderaron de casi todos los elefantes y de la totalidad del equipo. Al llegar la noche, como los romanos, por la alegría del éxito, y también por la fatiga, descuidaran algo sus guardias, Aníbal, que desesperaba de su situación y estaba convencido, además, por lo que acabamos de decir, de que disponía de una buena ocasión para salvarse, hacia medianoche salió de la ciudad con sus fuerzas mercenarias. Había mandado rellenar los fosos con capazos repletos de paja, y sacó sin ningún riesgo a sus fuerzas sin que el enemigo se apercibiera. Al día siguiente los romanos se dieron cuenta de lo ocurrido, y después de establecer algún contacto con los de la retaguardia de Aníbal, se lanzaron en masa hacia las puertas. No tropezaron con ninguna resistencia, cayeron sobre la ciudad y la saquearon, hicieron gran número de prisioneros y se adueñaron de un gran y variado botín.

*Primera creación  
de una flota  
romana*

Llegó al Senado romano la noticia de los hechos de Agrigento, que suscitaron una gran alegría; las aspiraciones de los romanos fueron a más, y ya no se limitaron a lo que al principio habían calculado. No les pareció suficiente haber salvado a los mamertinos y el provecho que habían extraído de esta misma guerra. Tenían la esperanza de ser capaces de arrojar por completo a los cartagineses de Sicilia, y de que, logrado esto, sus intereses iban a experimentar un gran auge, y se dedicaron por entero a estos proyectos y a los planes que a ellos se referían. Veían que sus fuerzas terrestres progresaban razonablemente, puesto que los generales que habían nombrado, Lucio Valerio y Tito

<sup>59</sup> Para Polibio, la toma de Agrigento por los romanos es un momento muy importante en la historia de Roma, pues nos hace ver la posibilidad de expulsar a los cartagineses de la isla de Sicilia. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

Octacilio, para suceder a los que habían procedido al cerco de Agrigento, daban la impresión de tratar satisfactoriamente las acciones de Sicilia. Pero los cartagineses eran dueños absolutos del mar, y por esto la guerra, a los romanos, les resultaba indecisa. Si bien inmediatamente después, dueños ellos de Agrigento, muchas ciudades del interior se les pasaron, temerosas de las fuerzas de tierra romanas, un número todavía mayor de poblaciones costeras desertó de los romanos, por miedo a la flota cartaginesa. Por todo esto, los romanos veían cada vez más que la guerra se inclinaba ya hacia un lado, ya hacia el otro, y ello por las causas citadas. Veían, además, que las fuerzas navales cartaginesas devastaban con frecuencia Italia, y que África, finalmente, quedaba siempre indemne; por todo lo cual, se lanzaron al encuentro con los cartagineses también por mar. Y no es este detalle el que menos me ha empujado a confeccionar una memoria algo más prolija de la guerra en cuestión. Así no se desconocerá el origen<sup>60</sup>, el cómo y el cuándo, y las causas por las que los romanos se lanzaron por primera vez al mar. Fue porque vieron que la guerra se les alargaba; entonces, y no antes, emprendieron la construcción de naves, de cien quinquerremes y de veinte trirremes<sup>61</sup>. Pero como sus armadores no tenían

<sup>60</sup> En este pasaje, Polibio parece contradecirse con sus afirmaciones hechas en III 25, donde dice que los romanos ya traficaban por mar. Sin embargo, la contradicción es más aparente que real: Polibio debe de referirse, en este lugar ahora anotado, a una flota estrictamente militar, de la que, con toda seguridad, los romanos no han dispuesto antes.

<sup>61</sup> La forma y disposición de estos navíos de guerra no es algo tan decidido como algunos tratados de arqueología pueden hacer creer (véase WALBANK, *Commentary*, ad loc.). Sin embargo, en líneas generales debe valer la descripción que de los buques de guerra griegos se da en R. MAISCH, F. POHLHAMMER, *Instituciones griegas* (traducción del alemán por WILHELM ZOTTER).

la menor práctica en la armadura de quinquerremes, porque por aquel entonces ningún pueblo de Italia usaba de tales embarcaciones, esta parte de su programa les causó grandes dificultades. Por ellas principalmente se puede echar de ver el coraje y la audacia de la decisión tomada por los romanos, ya que sin tener, no ya unos recursos razonables, sino desprovistos en absoluto de ellos, sin haber tenido antes nunca un programa marítimo, sino pensando en él entonces por primera vez, emprendieron la cosa con tal arrojo que aun antes de adquirir experiencia en la materia, atacaron sin dilación a los cartagineses, quienes, recibido de sus antepasados, ejercían un dominio marítimo indisputado. Como prueba de la verdad de mis afirmaciones y de lo increíble de su atrevimiento puede servir esta consideración: cuando emprendieron por primera vez el transporte de sus fuerzas hacia Mesina, los romanos no disponían ni de una sola nave ponteadada, ni tan siquiera de naves largas, ni aún de esquifes<sup>62</sup>. Se sirvieron de quinquerremes y de trirre-

Barcelona, 1931, págs. 150-151: «La trirreme era un barco de construcción sencilla, de 40 a 50 metros de longitud por sólo unos cinco metros de ancho, de escaso calado y de borda poco elevada, con tres hileras de remeros muy juntas y dispuestas en un plano algo inclinado. Un recio espolón blindado de hierro, unido a la proa, servía para atacar a la embarcación enemiga al chocar con ella. El palo mayor, elevado en el centro del buque, se solía desmontar antes de iniciar una acción naval, empleándose entonces sólo las jarcias del palo de mesana, usado de mástil auxiliar, enderezado en la parte delantera del navío; ambos llevaban una vela cuadrada tendida de un mastelero; en la popa estaban montados dos grandes remos gobernalles, que hacían las veces de timón. A partir del 330 a. C., la marina ateniense se valía también de tetrarremes (=cuadrirreme), y desde 325, de pentarremes (de cuatro a cinco órdenes de remos respectivamente).»

<sup>62</sup> Aquí se citan tres clases de navíos no de guerra: la nave de mayor calado, llamada en latín *navis constrata* o bien *tecta*,

mes de los tarentinos y de los locrios, e incluso de los eléatas y de los napolitanos, y en tales navíos trans-  
 15 portaron temerariamente sus tropas. Y fue en esta ocasión, concretamente, cuando los cartagineses les atacaron en el estrecho, y una nave suya protegida por puente se acercó tanto, debido a su ardor, que encalló y cayó en manos de los romanos<sup>63</sup>. La usaron como  
 16 modelo, y según ella construyeron toda su escuadra. Si no hubiera ocurrido esto, es notorio que sus desconocimientos les hubieran frustrado enteramente la empresa.

21 Mas no fue así: mientras unos se preocupaban de la construcción de las naves y trabajaban en su puesta a punto, otros reclutaban sus dotaciones, y, en tierra,  
 2 les enseñaban a remar del siguiente modo: hacían sentar en los bancos de remeros dispuestos en el suelo, a los hombres ordenados según luego estarían en los  
 3 asientos de las naves, colocaban al cómitre en el centro, y habituaban a todos a echarse hacia atrás mientras movían los brazos hacia sí mismos y luego se inclinaban hacia delante extendiendo los brazos. De-  
 3 bían cesar o iniciar los movimientos según las instrucciones del cómitre. Cuando éstos estuvieron entrenados, al mismo tiempo que terminaban las naves, las botaron; se ejercitaron durante poco tiempo con maniobras reales en el mar; luego zarparon, bordeando la costa

---

una embarcación más ancha y cubierta, adecuada para el transporte. Las naves largas, *naves longae*, son embarcaciones en general, con el único denominador común de no ser de guerra ni ponteadas; finalmente, los esquifes eran naves ligeras y descubiertas, aptas para el transporte a corta y a media distancia.

<sup>63</sup> Todos los editores y traductores de Polibio tienen este episodio por un lugar común, una invención fantástica de la que echan mano varios historiadores, entre ellos el nuestro. Por lo demás, el episodio entraña una contradicción: los romanos habían cruzado anteriormente militarmente el estrecho de Mesina, I 16, 1.

italiana según las órdenes del cónsul. El almirante que 4  
 los romanos habían nombrado para su fuerza marítima, Cneo Cornelio, pocos días antes había ordenado a los capitanes que, así que la flota estuviera dispuesta, zarparan con rumbo al estrecho; él personalmente se hizo a la mar con diecisiete naves y se adelantó hacia Mesina, con el afán de preparar lo que la escuadra necesitaba con más urgencia. En Mesina se le presentó una 5  
 oportunidad de tomar la ciudad de Lípari, y él, con esta esperanza, mantenida con excesiva ligereza, fue navegando con las naves antedichas y fondeó frente a la ciudad. Aníbal, el general de los cartagineses, enterado de lo que había ocurrido en Palermo, envía a 6  
 Boodes, un miembro del Senado cartaginés<sup>64</sup>, con veinte naves. Boodes zarpó de noche y rodeó en el 7  
 puerto a los de Cneo. Al sobrevenir el día, forzó a las dotaciones romanas a huir hacia tierra, y Cneo, atónito, sin poder hacer nada, acabó por entregarse al enemigo. Los cartagineses, dueños de las embarcacio- 8  
 nes y del almirante contrario, regresaron al punto hacia Aníbal. Y pocos días después, a pesar de haber sido 9  
 tan claro y reciente el infortunio de Cneo, a punto estuvo el propio Aníbal de caer de plano en un error semejante. Efectivamente, enterado de que la escuadra 10  
 romana, que costeaba Italia, estaba cerca, quiso averiguar el número y la disposición general del enemigo. Tomó cincuenta naves y se hizo a la mar. Dobló el cabo 11  
 de Italia y cayó sobre el enemigo que navegaba en orden y en formación de batalla; perdió la mayoría de

---

<sup>64</sup> En Cartago había dos consejos u órganos de gobierno, el senado propiamente dicho, de cien miembros, llamado «consejo», dentro del cual actuaba otro organismo compuesto de treinta senadores llamado *gerusia*. Pero Polibio no respeta siempre esta terminología, y alguna vez aparece el término *sanedrín* sin referencia clara a uno de los dos organismos.

sus naves, y él logró escapar inesperadamente y contra toda lógica con las que le quedaron.

- 22 Después de todo esto los romanos, que se habían aproximado a las costas de Sicilia, enterados del desastre ocurrido a Cneo Cornelio, establecieron contacto inmediatamente con Cayo Duilio, jefe de las fuerzas  
2 de tierra, y le esperaron. Conocedores igualmente de que la escuadra cartaginesa estaba cerca, hicieron los  
3 preparativos para una batalla naval. Pero las naves romanas eran de construcción deficiente y muy poco marineras, por lo que alguien propuso a los romanos para el combate el uso de un ingenio, los llamados después «cuervos»<sup>65</sup>, cuya disposición era la siguiente:  
4 estaba colocada de pie en las proas una viga cilíndrica, de cuatro brazas de longitud, de un diámetro de tres  
5 palmos. Este mástil tenía en su extremo superior una polea, y tenía además, adosada a él, una pasarela formada de tablas clavadas con clavijas transversales; esta

<sup>65</sup> Los traductores PÉDECH y PATON, en sus traducciones respectivas, *ant. cits.*, admiten, sin más, la existencia real en la flota romana de estos artilugios llamados «cuervos». Pero WALBANK, *Commentary*, ad loc., opone serios reparos y acaba negando su existencia en esta oportunidad. En flotas de gentes ya experimentadas en cosas de mar habían existido, como el mismo Walbank apunta, máquinas parecidas, así los atenienses en Sicilia, TUCÍDIDES, VII 41, 2. Pero, apunta Walbank que, por lo rudimentario de la construcción de la flota romana, un «cuervo» así (que vendría a ser como una grúa giratoria, en el extremo de cuyo cable hubiera unos garfios para levantar pesos) habría hecho zozobrar, sin duda, incluso una quinquerreme. El benedictino ANTONIO RAMON, en su traducción catalana *Polibi, Història*, Barcelona, 1929 (citado desde ahora RAMON, *Polibi*, I), página 20, apunta una observación interesante: ¿cómo los cartagineses, más duchos en cosas marítimas que los romanos en este momento, podrían extrañarse ante tales máquinas? Lo lógico hubiera sido lo contrario. Sin embargo, PATON, *Polybius. The Histories*, I, pág. 61, que anota su traducción de Polibio con gran parsimonia, aquí da, en una nota, una detallada descripción del «cuervo».

pasarela tenía cuatro pies de anchura y seis brazas de longitud. Estas tablas tenían un orificio longitudinal  
6 en el que se instalaba el poste, a dos brazas de la extremidad de la pasarela. Ésta disponía de dos barandas, una a cada lado, a la altura de la rodilla, en toda su longitud. En el otro extremo de la pasarela se ajustaba una pieza parecida a un majadero de hierro, acabada en punta, que en su ápice tenía una argolla, de  
7 manera que el conjunto parecía un trillo de molienda. A esta argolla se sujetaba un cable, mediante el cual, en el abordaje de los navíos, se levantaban los cuervos por la polea del mástil y los soltaban contra la cubierta de la nave enemiga, unas veces por la proa, y otras virando para hacer frente a los ataques que se producían por los flancos<sup>66</sup>. Cuando los cuervos  
9 conseguían aferrar las tablas de la cubierta y juntar así las dos naves, si éstas se embestían entre sí de flanco, los soldados saltaban por todas partes; si se había realizado por la proa, pasaban por parejas por  
10 el mismo cuervo. Los soldados que iban en cabeza protegían el frente descubierto de la tropa oponiendo sus escudos a los tiros enemigos; los que seguían aseguraban los flancos, apoyando sobre las barandas los bordes de sus rodelas. Los romanos, pues, preparados de este  
11 modo, aguardaban el momento de una batalla naval.

<sup>66</sup> Aquí, en el texto griego, me aparto de Büttner-Wobst, cuya lectura no parece dar sentido, y me inclino por la de Pédech, que incluye entre corchetes la preposición *katá* (*eis*, Paton, con resultado similar), como podrá ver el lector que consulte un texto griego. La traducción latina de Schweighäuser *circumacta navi* (= imprimiendo al navío un movimiento de rotación) no parece dar una interpretación correcta del texto; lo más natural es que, sobre la cubierta del buque gire el «cuervo» —si es que realmente existió— contra la nave que debe ser atacada. Pero Pédech se inclina por la interpretación de Schweighäuser (PÉDECH, *Polybe*, I, ad loc., nota al pie de la página 48).

23 Cayo Duilio, así que tuvo noticia del revés sufrido por el almirante de la fuerza naval, confió el ejército de tierra a los tribunos y él se trasladó personalmente hasta la flota. Informado de que el enemigo talaba la región de Mileíte, navegó hacia allí con toda su armada. Cuando los cartagineses lo observaron, se hicieron a la mar gozosos y a toda prisa, con ciento treinta 2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100

naves. Despreciaban la inexperiencia de los romanos, y así navegaron de frente, enfilando las proas del enemigo, por considerar que el riesgo no merecía una formación, sino que pensaban dirigirse a un botín evidente. El mando lo ejercía Anfbal, aquel que había conseguido sacar de noche las fuerzas cartaginesas de Agrigento; tenía una heptera<sup>67</sup> que había pertenecido al rey Pirro. A medida que se iban acercando, al ver los cuervos que se levantaban en las proas de cada nave, los cartagineses vacilaron algún tiempo, extrañados por la construcción de aquellos ingenios; pero al cabo desdefiaron al adversario, y las naves delanteras avanzaron audazmente para iniciar el ataque. Los barcos que trababan combate quedaban firmemente enlazados por estos ingenios, los romanos pasaban inmediatamente a través del propio cuervo y entablaban batalla sobre las cubiertas. De los cartagineses, unos murieron, y el resto se entregó, atónitos ante lo ocurrido, pues la refriega acabó siendo casi como un combate en tierra. También por eso los cartagineses perdieron, con sus dotaciones, las treinta primeras naves que habían efectuado la embestida, entre las que se contaba la del propio almirante, Anfbal, que de manera extraña e inesperada logró huir en un bote. El resto de las naves cartaginesas navegaba de frente, como para el abordaje, pero cuando, en su aproximación, vieron lo ocu-

<sup>67</sup> La heptera es un navío con una sola hilera de remos, de siete remeros en cada uno.

rrido a las naves que les precedían, viraron y evitaron la acometida de aquellos ingenios. Confiados en la rapidez de sus naves, esperaban efectuar la acometida, sin riesgo, unos por los flancos, y otros, adelantándose, por la proa. Pero los ingenios se erguían frente a ellos por todas partes y se abatían todos a la vez, de manera que las naves que se acercaban se veían cogidas sin solución posible; al final, los cartagineses se retiraron y huyeron, estupefactos por la novedad de lo ocurrido y tras haber perdido cincuenta navíos<sup>68</sup>.

Contra lo que hubieran podido creer, los romanos habían visto coronadas por el éxito sus esperanzas navales, lo cual duplicó su ardor y su empuje en aquella

guerra. Fue entonces cuando desembarcaron en Sicilia y rompieron el cerco de Egesta, cuyos habitantes estaban ya en situación extrema. Después dejaron Egesta y capturaron por la fuerza la ciudad de Macela<sup>69</sup>.

Después de la batalla naval, Amílcar<sup>70</sup>, el general de los cartagineses, nombrado jefe de las fuerzas de tierra, estaba en las proximidades de Palermo. Supo que en las legiones romanas había desavenencias entre los romanos y sus aliados, surgidas porque todos pretendían ocupar las primeras filas en las batallas. Informado también de que los aliados habían acampado en solitario entre Paropo y las termas de Hímera, cayó

<sup>68</sup> Este es el desenlace, según Polibio, de la llamada batalla de Milas (hoy Milazzo), en el brazo de tierra que une a la isla de Sicilia un promontorio situado a poca distancia del Capo di Faro. La batalla se libró en el verano del año 260.

<sup>69</sup> Macela: seguramente se trata de la actual Macellaro, cerca de Camporeale, al E. de Egesta.

<sup>70</sup> Este Amílcar no es el más conocido Amílcar Barca, el general cartaginés más famoso, que, según veremos más tarde, jugará un papel importante en las operaciones bélicas del N. de Africa y de España.

por sorpresa sobre ellas con todas sus fuerzas cuando aún movían su campo, y mató casi cuatro mil hom-  
 5 bres. Después de esta operación, Anfbal, con las naves que había conseguido salvar, zarpó hacia Cartago, y, transcurrido poco tiempo, levó anclas desde allí hacia Cerdeña; había tomado consigo más naves y algunos  
 6 de los trierarcos más notables. No mucho más tarde los romanos, en Cerdeña, le encerraron en un puerto. Tras perder muchas naves, los cartagineses supervi-  
 7 vientes le detuvieron al punto y le crucificaron. Pues los romanos, al tiempo de lanzarse al mar, al punto comenzaron a intervenir en los asuntos de Cerdeña.  
 8 En el año siguiente las legiones romanas de Sicilia  
 9 no hicieron nada digno de mención; únicamente, por aquel entonces, tras recibir a sus nuevos comandantes recién nombrados, Aulio Atilio y Cayo Sulpicio, se lanzaron contra Palermo porque allí pasaban el invierno  
 10 las tropas cartaginesas. Los cónsules se aproximaron a la ciudad con su ejército íntegro, y lo formaron en orden de combate. Pero el enemigo no salió de la ciudad a su encuentro, y los romanos dirigieron enton-  
 11 ces su arremetida contra la ciudad de Hipana<sup>71</sup>, y en la primera embestida la tomaron por la fuerza. Conquistaron también Mitístrato<sup>72</sup>, que resistió largo tiempo el asedio porque está situada en territorios muy  
 12 abruptos. Se apoderaron, además, de la ciudad de Camarina, que no hacía mucho había desertado de ellos, aproximando al muro sus máquinas de guerra y des-

<sup>71</sup> Hipana, ciudad hoy desaparecida, pero cuyas ruinas se han descubierto en unas excavaciones realizadas en el monte Cavalli, al O. de Palermo.

<sup>72</sup> Mitístrato, población de Sicilia central, en el curso superior del río Hálico, llamada hoy Le Platani. Así PÉREZ, *Polybe*, I, ad loc., pero para WALBANK, *Commentary*, ad loc., esta localización no es segura. *Weltatlas*, I, la sitúa según PÉREZ (pág. 41).

truyéndolos. Igualmente se adueñaron también de Enna y de otros muchos villorrios dominados por los carta-  
 13 gineses. Cuando hubieron culminado todo esto se dispusieron para el asedio de Lípari.

Al año siguiente, el general romano Cayo Atilio fon-  
 25 deó frente a Tindáride<sup>73</sup> y observó que la flota cartaginesa navegaba en desorden. Ordenó a sus propias dotaciones seguir a los cartagineses que iban delante, y él personalmente, con diez naves que le acompañaban en la navegación, se lanzó por delante de las otras. Al ver los cartagineses que parte del ejército enemigo  
 2 estaba todavía embarcado, que parte había ya dejado el puerto, en tanto que los primeros estaban ya muy lejos de los suyos, dando media vuelta les afrontaron, y consiguieron cercar a estas diez naves, y las destru-  
 3 yeron, a excepción de la del almirante, a la que poco faltó para que la aprisionaran con su dotación, pero esta embarcación destacaba por su cuerpo de remeros, y era además muy marinera, por lo que se salvó inopinadamente del peligro. El resto de las naves romanas,  
 4 que había zarpado después, se concentró rápidamente. Formaron un frente y cargaron contra el adversario; aprisionaron diez naves con sus tripulaciones, y hundieron ocho más. El resto de la flota cartaginesa se retiró hacia las islas llamadas de Lípari.

Después de esta batalla naval, convencidos los dos  
 5 bandos de que habían luchado con un riesgo sensiblemente igual, se dedicaron más de lleno a la organización de sus fuerzas marítimas y a organizar un programa naval. En este período las fuerzas de tierra no  
 6 hicieron nada digno de mención, sino que pasaron el tiempo en pequeñas acciones ocasionales. Preparán-  
 7 dose, como apunté, para el verano inmediato, los ro-

<sup>73</sup> El cabo Tíndaro, al O. de Mesina, en la costa N. de Sicilia.

manos botaron trescientas naves largas ponteadas<sup>74</sup>, y  
 8 tocaron tierra en Mesina. Zarparon de allí y navegaron  
 dejando Sicilia a su derecha, doblaron el cabo Pa-  
 quino<sup>75</sup> y pasaron de largo hacia Écnomo, porque  
 también el ejército romano de tierra estaba en aquella  
 9 misma región. Los cartagineses se hicieron a la mar  
 con trescientas cincuenta naves ponteadas. Primero se  
 detuvieron en Lilibeo<sup>76</sup>, zarparon de allí y fondearon su  
 flota cerca de Heraclea de Minos.

26 El plan de los romanos consis-  
 tía en navegar hacia África y des-  
 plazarse la guerra allí; así, a los  
 cartagineses les peligraría no sólo  
 Sicilia, sino también sus vidas y  
 2 su propio país. Los cartagineses habían decidido lo  
 contrario, porque habían comprobado que África es

<sup>74</sup> Se trata de otro tipo de nave, a sumar a las reseñadas en notas anteriores.

<sup>75</sup> Estamos en el año 256. El cabo Paquino es la punta SE. de Sicilia. El monte Écnomo, citado a continuación, es una colina sobre la orilla derecha del río Hímera (hoy río Salso). Un croquis del dispositivo de las fuerzas de ambos bandos en la batalla de Écnomo, con un comentario sobre los problemas técnicos y de interpretación filológica, en WALBANK, *Commentary*, ad loc. (el croquis, en la pág. 84). Hay que decir, en general, que el comentario de Walbank anota y discute con gran precisión, en todas las operaciones militares narradas por Polibio, los efectivos combatientes, su ubicación en los terrenos, las rutas de los ejércitos, etc., pero aquí, naturalmente, no podemos seguir sus exposiciones; por esta vez, sólo dejaremos constancia de ellas.

<sup>76</sup> Primera aparición de este topónimo, que desde ahora jugará un papel muy importante en las primeras fases de la historia de Polibio. En realidad, este topónimo se refiere al cabo más occidental de Sicilia (hoy cabo Boco) y una población que estaba en sus laderas (hoy Marsala). Generalmente, Polibio da por conocida de sus lectores la duplicidad de esta referencia, y escribe «Lilibeo» sin ulteriores precisiones, que deben suplirse en cada caso por el que lee. Aquí, por ejemplo, se trata indiscutiblemente del cabo.

muy susceptible de ser atacada, y que toda la pobla-  
 ción de sus territorios se convierte en manejable una  
 vez éstos han sido invadidos. No podían, pues, diferir  
 la batalla, sino que tenían prisa por correr el riesgo  
 y presentar combate naval. La intención de unos era 3  
 obstruir el paso, y la de los otros la de forzarlo, lo  
 cual hacía palmario que el choque inminente surgiría  
 de tales voluntades contrapuestas. Los romanos orga- 4  
 nizaron sus preparativos para las dos eventualidades,  
 para una acción naval y para un desembarco en terri-  
 torio enemigo. Por eso escogieron la flor y nata de sus 5  
 fuerzas terrestres, y dividieron en cuatro cuerpos las  
 fuerzas que se disponían a utilizar. Cada cuerpo tuvo 6  
 una doble denominación, pues el primero se llamó  
 «legión primera» y «división naval primera», y así el  
 resto, por este orden. Y el cuarto adoptó todavía una  
 tercera denominación, pues sus soldados fueron llama-  
 dos «triarios», según el uso de las fuerzas terrestres<sup>77</sup>.  
 En su conjunto, esta fuerza naval venía a contar con 7  
 unos ciento cuarenta mil hombres; cada nave estaba  
 tripulada por trescientos remeros y ciento veinte sol-  
 dados. Los cartagineses se prepararon principalmente, 8  
 si no exclusivamente, para una acción naval. En número  
 rebasaban los ciento cincuenta mil hombres, número  
 deducido por el de sus naves. Por todo ello, no sólo 9

<sup>77</sup> Una descripción detallada de la composición y configuración del ejército romano la da el mismo Polibio en VI 21, 7-10. En realidad había sólo tres clases de tropas, *velites*, *hastati* y *principes*; los *triarii* eran unas tropas, cuya denominación señalada era popular y no oficial, pertenecientes a cualquiera de los tipos aludidos, de hombres de más edad, o, al revés, muy jóvenes, y, por consiguiente, poco experimentados. Pero la organización del ejército romano no fue siempre la misma; léase la entrada «armies, roman», en el *The Oxford Classical Dictionary*, 2.ª ed., Londres, 1972, donde se da una historia sucinta de las distintas fases que en su organización tuvo el ejército romano.

quien hubiera estado presente y lo hubiera visto con sus propios ojos, sino quien sólo lo supiera de oídas, se habría quedado atónito ante las proporciones de la batalla, y ante la potencia y la abundancia de recursos de las dos naciones, a juzgar por el número de hombres y naves.

- 10 Los romanos, como veían que habrían de navegar por alta mar y que el enemigo disponía de naves muy veloces, intentaron por todos los medios encontrar una  
11 formación segura e impenetrable. Disponían de dos hexeras<sup>78</sup>, en las que navegaban los dos jefes, Marco Atilio Régulo y Lucio Manlio<sup>79</sup>; las situaron en cabeza y  
12 a la misma altura. A continuación de cada una fueron colocando las naves en hilera, disponiendo la primera agrupación tras una, y la segunda tras la otra. La distancia entre las naves paralelas de cada agrupación de la flota era progresivamente mayor. Las naves tenían las proas orientadas hacia el exterior<sup>80</sup> y se cubrían mutuamente. Luego de ordenar las dos formaciones así, sencillamente, en forma de cuña, añadieron a las anteriores la tercera legión con frente de una sola

<sup>78</sup> Otro tipo de navío no reseñado hasta ahora: se trata de una nave larga y ponteadada, que tenía seis hombres en cada remo.

<sup>79</sup> Cónsules en los años 256/255. El primero era *consul suffectus*, es decir, había sido nombrado cónsul por fallecimiento de su predecesor en pleno ejercicio de su cargo. Los cónsules eran importantes, y los años romanos se designaban por sus nombres. Eran dos, y durante el período de la república romana constituían la más alta y suprema magistratura política y militar. Al sobrevenir el imperio, perdieron sus prerrogativas políticas, pero conservaron íntegramente las militares, aunque a veces los emperadores prorrogaban ilegalmente sus mandatos (que seguían siendo anuales) o daban este cargo, por razones políticas o de amistad, a personas incapaces. El consulado como institución duró casi tanto como el imperio romano, pues desapareció en el año 534 de nuestra era.

<sup>80</sup> Es claro que, en esta formación, las naves romanas no se oponían frontalmente a las cartaginesas.

nave, y cuando éstas estuvieron colocadas también<sup>81</sup>, la figura total de la formación resultó un triángulo. A 14 continuación colocaron las naves encargadas del transporte de caballos, y las pusieron a remolque de las naves de la tercera formación. Y detrás de estos trans- 15 portes establecieron aún una cuarta formación, la de los llamados triarios, que extendieron con una nave de fondo, de manera que rebasara por las dos alas las naves de ambas agrupaciones. Y una vez combinados 16 todos según la manera indicada, la configuración total de aquella formación fue la de una cuña cuya parte superior era hueca y su base, en cambio, maciza. El conjunto resultó eficaz y práctico, y al mismo tiempo difícil de romper.

Por este mismo tiempo los comandantes de los car- 27 tagineses arengaron brevemente a sus tropas, y tras señalar que si triunfaban en la batalla naval pelearían después en una guerra por Sicilia, pero que si perdían pondrían en peligro su propia patria y sus familiares, les ordenaron el embarque en las naves. Todos cum- 2 plían las órdenes con celo, porque prevenían el futuro por lo que se les había dicho, y se hicieron a la mar llenos de confianza y suficiencia. Al ver los almirantes 3 cartagineses la formación del enemigo se acomodaron a ella; dispusieron las tres cuartas partes de su flota en una hilera de una sola nave de fondo, extendieron su flanco derecho hacia alta mar, con la idea de rodear al adversario, y situaron todas sus naves enfilando de proa al enemigo. La cuarta parte la colocaron a la 4 izquierda de toda la formación, orientada en sentido oblicuo a la costa. Mandaba el ala derecha de los car- 5 tagineses Hannón, el derrotado en la lucha por Agri-

<sup>81</sup> Es decir, en oposición a las naves de los otros dos lados del triángulo que formaba la disposición de la flota romana, esta tercera línea de naves, que formaría la base del triángulo, presentaba las proas frente al enemigo.



gento; disponía de naves con espolón y de quinquerremes, más veloces para la maniobra de rebasar las alas enemigas. Al cuidado del ala izquierda estaba Amílcar, el que había combatido en la batalla naval de Tindáride, que, en esta ocasión, luego de entrar en combate en el centro de la formación, recurrió a la siguiente estrategia en el transcurso de la batalla. Como los romanos se apercebieron de que los cartagineses se habían desplegado en formación poco compacta, lanzaron su ataque por el centro; y así comenzó la batalla. Pero en seguida los cartagineses formados en el centro, según se les había ordenado, se retiraron huyendo, para quebrar así la formación romana. Se replegaron, pues, precipitadamente, y los romanos les acosaban con ardor. De este modo las dos primeras formaciones se lanzaron en persecución de los fugitivos, y quedaron separadas de ellas las formaciones tercera y cuarta que remolcaban las naves del transporte de caballos, y la de los triarios, que permaneció con ellas para protegerlas. Cuando los cartagineses creyeron que las dos agrupaciones primeras se habían alejado lo suficiente de las otras, a una señal dada desde la nave de Amílcar, todos se revolvieron a la vez y trabaron combate contra los atacantes. En el violento combate que se entabló los cartagineses llevaban la mejor parte, porque gracias a la rapidez de las evoluciones de sus naves atacaban fácilmente y se retiraban a toda velocidad. Pero por la energía que ponían en el combate, por el hecho de haber amarrado, con sus cuervos, las naves cartaginesas que se les aproximaban, y al mismo tiempo porque luchaban con ellos ambos generales, a cuya vista entraban en liza los soldados, los romanos gozaban de esperanzas en nada inferiores a las de sus oponentes. Tal era el desarrollo de la batalla en esta zona. Entretanto Hannón, que mandaba el ala derecha y que en el primer momento del choque se había man-

tenido a distancia, pasó al mar abierto y arremetió contra las naves de los triarios, a las que puso en grave situación y aprieto. Los cartagineses que se habían alineado paralelamente a la costa modificaron su alineación anterior y formaron frontalmente, orientaron sus proas contra el enemigo y atacaron a las naves que remolcaban los transportes de caballería; estas cortaron las amarras, aceptaron el combate y peleaban contra el adversario. En su conjunto, el choque presentaba tres frentes, y se desarrollaban tres combates navales muy separados entre sí por lo que al lugar se refiere. Al inicio del encuentro las fuerzas de ambos bandos eran muy igualadas, lo que hacía el choque indeciso. Sin embargo, el desenlace de esta batalla fue el más razonable en cada frente, como es natural en todos los casos en que los efectivos de los que luchan son muy igualados: los que iniciaron el combate señalaron ya su desenlace<sup>82</sup>. Los hombres de Amílcar, efectivamente, acabaron por verse rechazados y se lanzaron a la fuga. Lucio Manlio iba amarrando las naves apresadas, y Marco Régulo, que veía la lucha entablada en torno a los triarios y a los transportes de caballos, se lanzó con gran empeño a ayudarles con las naves que todavía estaban intactas de la segunda formación. Estableció contacto y trabó combate allí mismo con los hombres de Hannón. Los triarios se rehicieron rápidamente, a pesar de que ya escapaban vergonzosamente, y redoblaron su coraje en la batalla. Los cartagineses se vieron atacados por los que tenían delante, y asaltados además por la espalda, con lo que se vieron en apuros. Rodeados inesperadamente por aquellos romanos que acudían en socorro de los suyos, se retiraron y se replegaron

<sup>82</sup> Aquí el texto griego presenta dificultades, que se pueden ver en cualquier edición crítica; la traducción es según la lectura de Büttner-Wobst.

10 a alta mar. En aquel mismo momento Lucio Manlio ya navegaba de regreso y, además, veía que la tercera agrupación romana se veía asediada contra la costa por el ala izquierda de los cartagineses; Marco Régulo, por su parte, había dejado ya en seguridad a los triarios y a los transportes de caballos. Ambos se lanzaron  
 11 a prestar socorro a los que corrían peligro. Lo que pasaba se parecía a un asedio; y los romanos habrían sucumbido con seguridad desde mucho tiempo antes si no hubiera sido porque los cartagineses, temerosos ante los cuervos<sup>83</sup>, se habían limitado a mantener a los romanos junto a la costa cogidos por una barrera pero sin atacar y abordar sus barcos por miedo a quedar  
 12 trabados. Los generales<sup>84</sup> romanos acudieron al instante, cercaron a los cartagineses y apresaron cincuenta naves enemigas con sus dotaciones; unas pocas naves  
 13 lograron escapar escurriéndose junto a la costa. El choque, en sus partes, tuvo la disposición descrita; el fin del combate naval se inclinó a favor de los romanos, que perdieron veinticuatro naves, por más de treinta<sup>85</sup> los cartagineses. Ninguna nave romana cayó en manos de éstos con su dotación; en cambio, a la inversa, sesenta y cuatro de los cartagineses cayeron en poder de los romanos.

<sup>83</sup> Es evidente que aquí Polibio afirma que los romanos no utilizaron los «cuervos» o artilugios descritos en I 22. Esto parece confirmar la teoría expuesta allí por WALBANK, *Commentary*, ad loc., de que su uso por los romanos fue un mito, o, en caso contrario, creyeron que su uso les era más desventajoso que positivo.

<sup>84</sup> Indudablemente son los cónsules, pero Polibio les llama, a veces, «generales».

<sup>85</sup> Esta referencia es a las naves hundidas; la siguiente es a las naves apresadas.

*Marco Régulo,  
en Africa*

Después de este triunfo los ro-<sup>29</sup>manos completaron su avituallamiento, repararon las naves capturadas al enemigo, prodigaron a las dotaciones los cuidados merecidos por su victoria y se hicieron a la mar con rumbo hacia Africa. Las naves que singlaban a vanguardia <sup>2</sup> tocaron el cabo llamado de Hermeo<sup>86</sup>, que está situado delante del golfo de Cartago, y que se adentra en el mar en dirección a Sicilia. Allí esperaron a las restantes, que les seguían detrás. Los cónsules concentraron toda la flota y navegaron a lo largo del país, hasta llegar a la ciudad llamada Aspide<sup>87</sup>. Allí desem- <sup>3</sup>barcaron, vararon en tierra las naves, las rodearon con un foso y una trinchera, y se dispusieron a asediar a la ciudad, que sus gobernantes se habían negado a entregársela voluntariamente. Los cartagineses supervi- <sup>4</sup>vientes del desastre naval navegaban de regreso, y seguros de que el enemigo, crecido por el éxito logrado, iba a navegar en seguida contra la propia Cartago, vigilaban con sus fuerzas terrestres y marítimas los lugares cercanos a la ciudad. Enterados de que los ro- <sup>5</sup>manos habían desembarcado sin encontrar resistencia, y de que asediaban Aspide, renunciaron a vigilar un posible ataque por mar, reunieron sus fuerzas y se dedicaron a proteger la ciudad y el país. Los romanos <sup>6</sup>se apoderaron de Aspide, dejaron una guarnición en la plaza y en el territorio, y enviaron mensajeros a Roma que dieran noticia de lo ocurrido y pidieran instrucciones sobre qué debía hacerse en el futuro, cómo debían emprenderse las operaciones. Tras ello levanta-

<sup>86</sup> Actualmente el cabo Bon, al NO. de Túnez (y de la antigua Cartago).

<sup>87</sup> Aspis, la llamada por los romanos Clupea, un poco al S. del cabo Hermeo, fue para los romanos magnífica base de operaciones.

taron con diligencia el campo y con todas sus tropas  
7 se lanzaron a devastar el país. No surgió nadie para  
impedírselo, y ellos derribaron muchas quintas lujosa-  
mente edificadas, se apoderaron de un botín cuantio-  
sísimo de cuadrúpedos, y condujeron a sus naves más  
8 de veinte mil esclavos. Entonces llegaron de Roma unos  
mensajeros que expusieron que uno de los cónsules  
debía permanecer con tropas suficientes, mientras que  
9 el otro debía reintegrar la flota a Roma. Y se quedó  
Marco Régulo, al que confiaron cuarenta naves, quince  
10 mil soldados de a pie y quinientos de a caballo. Lucio  
Manlio recogió las tripulaciones y la gran masa de pri-  
sioneros, costó Sicilia con toda seguridad y se pre-  
sentó en Roma.

30 Los cartagineses, al ver que los preparativos del  
enemigo duraba bastante tiempo, primero eligieron de  
entre ellos a dos generales, Asdrúbal<sup>88</sup>, hijo de Hannón,  
y Bóstar; después enviaron legados a Amílcar<sup>89</sup>, que  
se encontraba en Heraclea, que le llamaran a toda  
2 prisa. Amílcar recogió quinientos jinetes y cinco mil  
soldados de a pie, y se presentó en Cartago. Fue nom-  
brado tercer general, y deliberó con Asdrúbal sobre lo  
3 que había hacer en aquellas circunstancias. Acordaron  
defender su territorio y no permitir que fuera devas-  
4 tado impunemente. Marco Régulo ya hacía bastantes  
días que andaba en correrías, saqueando las ciudades  
no amuralladas según entraba en ellas, y asediando a

<sup>88</sup> Los nombres cartagineses se repiten mucho, y por eso hay que precisar siempre de quién se trata. Este Asdrúbal no tiene nada que ver con el que, principalmente en el libro III de Polibio, actúa en España y en Italia; el citado ahora será enviado, más tarde, a Sicilia (en los años 255/254, y hará su última aparición vencido por el cónsul Cecilio ante los muros de Palermo, aunque allí no muere ejecutado, como indica WALBANK, *Commentary*, pág. 89.

<sup>89</sup> Este Amílcar es el mismo de I 24, 3.

las amuralladas. Al llegar a Adi<sup>90</sup>, población de cierta 5  
importancia, acampó en sus cercanías y emprendió con  
suma diligencia los trabajos de asedio. Los cartagine- 6  
ses, presurosos por prestar socorro a la ciudad, deci-  
dieron disputar el campo abierto, por lo que sacaron  
a sus tropas de la población y ocuparon una colina que 7  
dominaba, ciertamente, al enemigo, pero que resultaba  
inadecuada a sus fuerzas, y acamparon en ella. Además, 8  
como habían depositado sus principales esperanzas en  
su caballería y en sus elefantes, al abandonar las lla-  
nuras para encerrarse a sí mismos en lugares escar-  
pados y poco transitables, no iban a hacer otra cosa  
más que enseñar a los enemigos cómo debían actuar  
contra ellos. Que fue lo que realmente ocurrió. Los 9  
jefes romanos, efectivamente, con su experiencia se  
dieron cuenta de que, debido a aquellos parajes, los  
elementos más eficaces y temibles del enemigo se ha-  
bían convertido en inútiles, y así no aguardaron a que  
los cartagineses descendieran hasta la llanura y forma-  
ran en ella. Aprovecharon su propia oportunidad, y 10  
a las primeras luces escalaron la colina por ambas  
laderas. A los cartagineses los caballos y los elefantes 11  
les fueron totalmente inservibles. Sus mercenarios acu-  
dieron en su ayuda con empeño y valor, y lograron  
rechazar y poner en fuga a la primera legión romana,  
que se replegó. Pero cuando avanzaron para caer sobre 12  
ellos, se vieron rodeados por los romanos, que escala-  
ban la otra ladera, por lo que retrocedieron, y, a conti-  
nuación, todos los cartagineses huyeron al punto del  
campamento. Los elefantes y la caballería en cuanto 13  
alcanzaron la llanura se retiraron sin peligro de nin-  
guna clase. Los romanos persiguieron a la infantería 14

<sup>90</sup> La identificación de este topónimo es dudosa. Quizás sea la actual Ouchna, la Utina de los romanos, a 25 km. al S. de Túnez.

breve trecho, y tras destrozarse la trinchera del campamento cartaginés, recorrieron todo el país e iban de-  
 15 vastando impunemente las ciudades. Tras adueñarse de la ciudad que se llama Túnez<sup>91</sup>, población muy estratégica para proyectar ataques, y situada también muy favorablemente contra Cartago y su comarca, acamparon en sus proximidades.

31 Los cartagineses, derrotados poco antes por mar y ahora por tierra, no por culpa de cobardía en sus tropas, sino por la incapacidad de sus jefes, cayeron en una situación difícil desde todos los puntos de vista.  
 2 En efecto, a lo ya dicho se sumaba que se veían atacados por tribus númeridas, que causaron a sus tierras daños no inferiores, sino superiores a los que les habían causado los propios romanos. Los que por miedo huían del campo a la ciudad causaron en ella un hambre atroz y un desánimo grande, en parte porque eran muchos, y en parte también ante la perspectiva de un  
 4 asedio. Marco Régulo, por un lado, veía a los cartagineses derrotados por tierra y por mar, y pensaba que no le faltaba mucho para apoderarse de su ciudad, pero por otro, se temía que el nuevo general mandado desde Roma llegara demasiado pronto, y así fuera él quien recogiera el honor de la campaña. Entonces invitó a  
 5 los cartagineses a concluir una paz. Éstos atendieron gustosamente su invitación y le enviaron a sus prohombres, que, una vez se reunieron con el cónsul romano, distaron tanto de inclinarse a hacer nada de lo que se les proponía, que ni tan siquiera consintieron  
 6 en escuchar unas exigencias tan gravosas. En efecto: Marco Régulo, como si su victoria fuera ya total, creía que los cartagineses debían aceptar todo lo que él les  
 7 concediera como simple gracia y favor. Pero los cartagineses consideraron que aun cuando llegaran a verse sometidos, no se seguiría de ello nada más duro que las imposiciones de entonces. De modo que se retiraron no sólo disgustados por las proposiciones, sino además ofendidos por la dureza de Marco Régulo. El senado  
 8 cartaginés escuchó las proposiciones formuladas por el general romano, y aunque ya casi había renunciado a todas las esperanzas de salvación, con todo se mantuvo tan viril y noble que prefirió soportarlo todo y tantear cualquier empresa, cualquier oportunidad a condición de no tolerar nada ruín o indigno de sus hazañas pretéritas.

<sup>91</sup> La ubicación de la antigua Túnez coincide exactamente con la actual.

gineses consideraron que aun cuando llegaran a verse sometidos, no se seguiría de ello nada más duro que las imposiciones de entonces. De modo que se retiraron no sólo disgustados por las proposiciones, sino además ofendidos por la dureza de Marco Régulo. El senado  
 8 cartaginés escuchó las proposiciones formuladas por el general romano, y aunque ya casi había renunciado a todas las esperanzas de salvación, con todo se mantuvo tan viril y noble que prefirió soportarlo todo y tantear cualquier empresa, cualquier oportunidad a condición de no tolerar nada ruín o indigno de sus hazañas pretéritas.

#### *Jantipo*

Por aquel entonces navegó ha- 32  
 cia Cartago un reclutador de mercenarios, uno de aquellos que habían sido enviados antes a Grecia; llevaba consigo [a la ciudad cartaginesa] un gran número de soldados, entre los cuales estaba un cierto Jantipo, lacedemonio, individuo que había recibido una formación espartana y la experiencia militar correspondiente. Al enterarse 2  
 este hombre de la derrota sucedida, del cómo y del cuándo se produjo, después que vio lo que quedaba de los preparativos de los cartagineses, así como la cantidad de caballos y de elefantes, hizo al punto sus cuentas y demostró a sus amigos que los cartagineses no habían sido vencidos por los romanos, sino por la impericia de sus generales. Las circunstancias hicieron 3  
 que las palabras de Jantipo llegaran pronto a las tropas y a los generales mismos. Los gobernantes decidieron llamarle para hacer una prueba con él. Jantipo 4  
 visitó a los magistrados y les expuso sus argumentos: por qué habían fracasado ahora, y cómo, si le hacían caso y utilizaban las llanuras en sus marchas, en sus acampadas y en sus confrontaciones, podrían procurarse seguridad fácilmente y derrotar al enemigo. Los 5

- generales<sup>92</sup> aceptaron aquellas palabras, y convencidos, al punto le confiaron el mando de sus fuerzas.
- 6 Según se iba divulgando esta opinión de Jantipo, se producían en el pueblo rumores y conversaciones llenas de esperanza. Y cuando sacó el ejército delante de la ciudad y lo dispuso en orden, y empezó a hacer maniobrar a la formación, a transmitir órdenes según las reglas militares, evidenció una diferencia tan enorme respecto a la impericia de los generales anteriores, que el gentío aplaudía y clamaba que se apresurara al máximo el choque contra el enemigo, convencido de
- 8 que nada malo ocurriría si mandaba Jantipo. Ante esto los generales, al comprobar que, de forma inesperada, la masa había recobrado la moral, la exhortaron en términos adecuados a aquella oportunidad, y al cabo de pocos días reunieron a las tropas y salieron en campaña. Su ejército se componía de doce mil soldados de infantería y de cuatro mil jinetes. El número de elefantes se aproximaba al centenar.
- 33 Los romanos, al ver que los cartagineses hacían marchas por lugares llanos y que establecían sus campamentos en parajes abiertos, estaban extrañados y confundidos por el hecho en sí; sin embargo, se dieron
- 2 prisa por aproximarse al enemigo. Tomaron contacto con él, y el primer día acamparon a unos diez estadios de distancia de los enemigos. Al día siguiente, los jefes de los cartagineses deliberaron sobre las medidas a
- 4 tomar en aquellas circunstancias, mientras que los soldados, ansiosos por combatir, formaban corros, gritaban el nombre de Jantipo y creían que se les debía

<sup>92</sup> Hay que completar lo dicho en la nota 64, en el sentido de que lo que allí se precisa es el ejercicio del poder civil, pero además hay un estamento aristocrático, en Cartago, que ejerce funciones estrictamente militares, si bien supeditado al poder civil. Los representantes más característicos de este estamento militar son los generales.

sacar al punto. Los generales, al ver el ardor y el empuje de la tropa, y cómo, además, Jantipo les advertía con juramentos que no dejaran pasar aquella oportunidad, ordenaron a los soldados prepararse y autorizaron a Jantipo para que dispusiera las operaciones como le pareciera conveniente. Con este permiso, Jantipo hizo salir a los elefantes y los dispuso en hilera de a uno al frente de toda la fuerza; colocó detrás, a una distancia prudente de ellos, la falange cartaginesa<sup>93</sup>. Situó a unos mercenarios en el ala derecha, y a los más ligeros los colocó en la vanguardia de ambas alas, junto con los jinetes. Los romanos, cuando vieron al enemigo en formación, le salieron animosamente al encuentro. Temiendo y previendo la carga de los elefantes, colocaron a los vélites en vanguardia, y detrás situaron muchos manipulos<sup>94</sup> de fondo; en cuanto a la caballería, la distribuyeron en ambas alas. Al adoptar una formación general más estrecha que antes, pero más profunda, habían intuido con acierto su lucha contra los elefantes, pero fallaron totalmente en sus cálculos contra la caballería cartaginesa, muy superior a la romana. Cuando ambos bandos hubieron dispuesto la formación conforme a sus planes, tanto en su conjunto como en todas sus partes, aguardaron en orden vigilando el momento de la arremetida.

<sup>93</sup> La falange cartaginesa: los ciudadanos cartagineses nunca combatieron fuera de África: en sus campañas en Sicilia, en Italia y en España eran cartagineses sólo los mandos, pero la tropa era íntegramente mercenaria.

<sup>94</sup> El *manipulum* romano constaba de dos centurias, lo cual no significa que el número de sus hombres fuera exactamente el de doscientos, pues precisamente en la época de Polibio no llegaba a los cien hombres. Cada manipulo tenía su propio estandarte (*signum*), y en él ejercía el mando el centurión de la legión colocada a la derecha. Más tarde, la cohorte suplantará al manipulo como unidad táctica. Normalmente, el manipulo formaba en tres líneas, cuyas unidades últimas cubrían los espacios intermedios de las líneas primeras de vanguardia.

34 En el instante en que Jantipo ordenó a los conductores de los elefantes avanzar y romper las filas enemigas, y a la caballería rodear al adversario por las dos  
2 alas y atacar, entonces el ejército romano comenzó a entrechocar sus armas, según es uso entre ellos, y tras lanzar el grito de guerra se lanzó contra los enemigos.  
3 Pero la caballería romana huyó en seguida de ambas alas, porque la cartaginesa era muy superior en número.  
4 En cuanto a la infantería, los alineados en el ala izquierda esquivaron la acometida de las bestias y, llenos de menosprecio por los mercenarios, embistieron el ala derecha de los cartagineses, a los que, después de forzarles a la huida, acosaron y persiguieron hasta  
5 su trinchera. En cuanto a los que se oponían directamente a los elefantes, los primeros cayeron ante la violencia de las bestias, y rechazados y pisoteados, perecieron a montones ante aquella fuerza descomunal; sin embargo, gracias a la profundidad de las líneas que estaban detrás, la formación resistió compacta en  
6 su conjunto, un cierto tiempo. Pero, cuando los que ocupaban las últimas filas, rodeados por todas partes por la caballería, se vieron forzados a revolversse y a luchar contra ésta, y cuando los que intentaban abrirse paso hacia adelante a través de los elefantes y se reagrupaban en la formación, a la espalda ya de las bestias, chocaron con la falange cartaginesa todavía  
7 ordenada e intacta, fueron aniquilados. Entonces, puestos en aprieto por todas partes, los romanos fueron en su mayoría pisoteados por la fuerza extraordinaria de las fieras; el resto fue acribillado, en el mismo lugar de la formación, por la gran masa de jinetes; unos  
8 cos, finalmente, lograron darse a la fuga. Pero como huían por lugares llanos, también de éstos unos murieron ante las fieras o a manos de la caballería cartaginesa, y quinientos aproximadamente que huían con su general, el cónsul Marco Régulo, cayeron poco des-

pués en manos del enemigo, y fueron capturados vivos todos, incluso el propio cónsul. Allí murieron unos 9 ochocientos mercenarios cartagineses, los alineados contra el ala izquierda de los romanos. De éstos se salvaron unos dos mil, a quienes no alcanzó la persecución efectuada por los que hemos citado; éstos quedaron a salvo del peligro. Pero la masa restante del 10 ejército romano pereció, a excepción de Marco Régulo, el cónsul, y los que huían con él. Los manípulos ro- 11 manos que se salvaron consiguieron llegar, por un golpe de suerte, a Aspide. Los cartagineses, tras des- 12 pojar a los cadáveres, se llevaron al general junto con los prisioneros y se retiraron a su ciudad, exultantes de gozo por los hechos entonces acaecidos.

Quien considere correctamente este episodio puede 35 deducir de él muchas cosas que contribuirán a corregir la vida de los hombres. Por lo ocurrido al cónsul Marco 2 Régulo se hizo evidentísimo a todos que se debe desconfiar de la Fortuna<sup>95</sup>, sobre todo en los éxitos. El 3 hombre que poco antes no sentía ni compasión ni misericordia para con los vencidos, un momento después se vio obligado a pedirles su propia salvación personal. Aquella sentencia de Eurípides, que ya antigua- 4

<sup>95</sup> Esto es típicamente polibiano, un ejemplo del uso moral de la historia: Marco Régulo, que poco antes había exigido condiciones durísimas a los cartagineses para un pacto, ahora se ve ante la humillación de la derrota. No debemos jactarnos de nuestros éxitos, pues, incluso inesperadamente, el fracaso está a la puerta de la esquina. No estamos lejos del pensamiento estoico. Por lo demás, en la antigüedad, de este Marco Régulo corrió ampliamente una noticia sin ningún viso de verosimilitud: se decía que los cartagineses le permitieron trasladarse a Roma para presentar al senado romano las condiciones cartaginesas de paz; si éstas eran rechazadas, él debía regresar a Cartago para ser ejecutado. Pero esta leyenda en tiempos de Polibio no existía aún, pues es indudable que nuestro autor la hubiera recogido como historia, principalmente si se piensa en el carácter didáctico de este pasaje.

mente parecía muy sabiamente formulada, de que «una decisión sabia vence las manos de muchos»<sup>36</sup>, entonces se vio confirmada por los hechos. Un solo hombre y una sola inteligencia aniquilaron a una muchedumbre que parecía invencible y aguerrida, y levantaron al máximo un estado totalmente caído, y los ánimos de unos soldados que ya se habían resignado al dolor. He recordado esto para que aproveche a los que lean libros de historia. Todos los hombres disponen de dos métodos para perfeccionarse: o bien mediante lo que les ocurre a ellos mismos, o mediante lo que ocurre a los demás. El método más eficaz es el de las peripecias personales, pero el más inofensivo el de las ajenas. Por eso, el primero no debe ser elegido voluntariamente jamás, puesto que logra la corrección a base de grandes sufrimientos y peligros; hay que perseguir siempre el otro, porque en él es posible ver lo mejor sin sufrir daño. Quien considere este asunto desde esta perspectiva deberá juzgar que la mejor educación para las realidades de la vida es la experiencia que resulta de la historia política: ella es lo único que, sin causar perjuicio, produce en toda situación y circunstancia jueces correctos de lo mejor. Y baste con lo dicho hasta aquí acerca de este tema.

*Desastres  
navales romanos*

Los cartagineses, a quienes todo había resultado conforme a sus planes, no hubo exageración que omitieran en su gozo, ni en la acción de gracias a la divinidad ni en las demostraciones de mutua amistad. Y Jantipo, que había proporcionado tan gran contribución y esfuerzo a la causa de los cartagineses, no mucho tiempo después embarcó y se marchó. Su decisión fue razo-

<sup>36</sup> Esta sentencia pertenece a la tragedia *Antiope*, hoy perdida, de Eurípides. (Nauck, fr. 220.)

nable y prudente, porque las acciones notables e inesperadas engendran profundas envidias y punzantes calumnias, que los nativos, ciertamente, son capaces de soportar porque tienen parientes y muchos amigos. Pero los extranjeros se ven pronto abrumados por unas y otras, e incurren en peligros. Hay también otra explicación acerca de la marcha de Jantipo, que intentaremos exponer en detalle cuando tengamos una oportunidad más adecuada que la presente<sup>37</sup>.

Los romanos, cuando se les anunció lo que en África había sucedido tan inesperadamente, se dedicaron al punto a reponer su flota y a recoger a los soldados que habían podido salvarse en África. Después de esto, los cartagineses acamparon junto a Aspide y la asediaron, con el propósito de apoderarse de los hombres que habían logrado escapar de la batalla, pero no pudiendo tomarla en modo alguno por el coraje y la audacia de aquellos romanos, acabaron por desistir del cerco. Entonces les llegó la noticia de que los romanos disponían su flota y de que estaban a punto de realizar otra vez una navegación hacia África. Unos cartagineses, pues, se pusieron a reparar naves, mientras que otros construían embarcaciones totalmente nuevas. Dieron rápidamente doscientas, con las que zarparon para vigilar la incursión del enemigo. Al comienzo del verano<sup>38</sup> los romanos botaron trescientos cincuenta bajeles, nombrando comandante a Marco Emilio y Servio Fulvio, y les ordenaron zarpar. Ellos se hicieron a la vela, y navegaron costearo Sicilia, con la intención de dirigirse a África. No lejos del cabo Hermea se tropezaron con la flota cartaginesa, la pusieron fácilmente en fuga a la primera arremetida y apresaron

<sup>37</sup> Esta segunda explicación de la marcha de Jantipo de Cartago no se encuentra en ninguna parte de la obra que nos queda de Polibio.

<sup>38</sup> Del año 255 a. C.

12 ciento catorce naves con sus tripulaciones. Recogieron de Aspide a los jóvenes que habían permanecido en Africa y pusieron de nuevo rumbo hacia Sicilia.

37 Ya habían cruzado sin riesgos el estrecho<sup>99</sup> y se acercaban al país de los camarinenses, cuando se abatteron sobre ellos un temporal tan fuerte y unas calamidades tales, que no se alcanzan a describir adecuadamente, a causa de la magnitud de lo sucedido. De las trescientas sesenta y cuatro<sup>100</sup> naves sólo se salvaron ochenta. En cuanto al resto, unas naufragaron, y otras, estrelladas por el mar embravecido contra los bajíos y los promontorios, llenaron la costa de astillas y de cadáveres. La historia no constata una catástrofe marítima mayor que ésta, ocurrida de una sola vez. Pero la culpa debe atribuirse no tanto a la Fortuna como a los comandantes. Los pilotos, en efecto, habían aducido muchas pruebas de que no se debe navegar a lo largo de la costa de Sicilia bañada por el mar africano, porque allí está llena de acantilados y carece de buenos fondeaderos. Además, la navegación se efectuaba entre las subidas de Orión y del Perro<sup>101</sup>, es decir, todavía no había desaparecido una constelación y ya se elevaba la siguiente. Pero los jefes no repararon en nada de lo que se les advertía, y salieron de alta

<sup>99</sup> La palabra griega correspondiente significa, efectivamente, estrecho, pero la expresión es excesiva: se refiere al mar que separa Sicilia de Africa.

<sup>100</sup> El número de naves que aquí indica Polibio ya no resulta exacto: las trescientas cincuenta equipadas por los romanos y las ciento catorce capturadas a los cartagineses arrojan un total de cuatrocientas sesenta y cuatro embarcaciones. Al ser el error de cien naves justas, es posible una equivocación en la tradición manuscrita griega.

<sup>101</sup> El Perro es una constelación que aparece en nuestro cielo durante el verano, hacia el mes de julio; la estrella Sirio forma parte de ella; Orión, en cambio, aparece a principios de invierno, de modo que la navegación romana fue hacia el otoño.

mar: con la exhibición del éxito conseguido querían intimidar a algunas de las ciudades situadas a lo largo de su derrotero, y así hacérselas suyas. Pero por unas pequeñas esperanzas tropezaron con catástrofes enormes. Entonces los jefes romanos reconocieron su ignorancia.

En general, los romanos utilizaban la violencia para todo, creídos de que sus propósitos deben forzosamente llevarse a cabo, y de que nada es imposible para ellos una vez lo han acordado. En muchas empresas tienen éxito debido a este arrojo, pero en otras fracasan claramente, principalmente en lo tocante al mar. En tierra realizan sus empresas contra hombres y contra obras de hombres, y logran coronar muchas de ellas debido a que utilizan su fuerza contra semejantes; con todo, alguna vez también ven sus acciones frustradas. Pero cuando se lanzan a luchar con el mar y los elementos y los violentan, caen en los mayores desastres. Lo cual ya muchas veces, y entonces en particular, les ocurrió, y les ocurrirá hasta que lleguen a corregirse de su violencia y de la audacia que les lleva a creer que ellos en cualquier época pueden correr y navegar por todas partes<sup>102</sup>.

Enterados los cartagineses del desastre de la armada romana, y creyendo que infundían respeto por tierra a causa de su éxito anterior, y por mar, debido al mencionado desastre de los romanos, se dedicaron con más afán a sus preparativos terrestres y marítimos. Enviaron inmediatamente a Asdrúbal<sup>103</sup> a Sicilia, confiándole las tropas que ya tenía y las que acababan de llegar de Heraclea, y, con todas ellas, ciento cuarenta elefantes. Le enviaron, pues, y a continuación

<sup>102</sup> Otro pasaje diríamos didáctico de Polibio, en el que parece haber cierta influencia estoica.

<sup>103</sup> Se trata de Asdrúbal, hijo de Hannón (I 30, 1).



equiparon doscientas naves, y dispusieron todo lo que, además, se precisa para una navegación. Asdrúbal navegó sin ningún riesgo hasta Lilibeo<sup>104</sup>, donde entrenó a sus tropas y a los elefantes. Era evidente que se proponía disputar el campo abierto. Los romanos se enteraron con detalle de lo ocurrido por los supervivientes del naufragio, y quedaron muy dolidos, pero, como no querían ceder de ningún modo, decidieron construir otra vez, con las maderas astilladas, ciento veinte naves. Las acabaron totalmente en tres meses, lo cual apenas si es creíble. Entonces los que habían sido nombrados comandantes, Aulio Atilio y Cneo Cornelio, dispusieron la flota y zarparon. Cruzaron el estrecho, recogieron en Mesina los buques salvados del naufragio, y con trescientas naves pusieron rumbo hacia el puerto de Palermo, ciudad de Sicilia que era la plaza más fuerte del dominio cartaginés<sup>105</sup>. Y emprendieron su asedio. Concentraron sus trabajos en dos lugares, y tras disponer todo lo restante, aproximaron las máquinas de guerra. Una torre que estaba junto al mar cayó fácilmente y los soldados romanos forzaron esta posición, tomaron por la fuerza la llamada Ciudad Nueva y, como al ocurrir esto peligraba ya la llamada Ciudad Antigua, sus habitantes la rindieron inmediatamente. Una vez dueños de ella, los romanos zarparon de regreso a Roma, tras dejar una guarnición en la ciudad.

39 A continuación, al llegar el verano, los cónsules nombrados, Cneo Servilio y Cayo Sempronio<sup>106</sup>, zarparon con toda la flota, pusieron rumbo a Sicilia y desde ella se dirigieron a África. Fueron navegando a lo largo de la costa y efectuaron muchísimos desembarcos, en

<sup>104</sup> Aquí se trata de la ciudad. Es evidente que el general cartaginés llegó allí, desembarcó y entrenó a sus tropas.

<sup>105</sup> Desde la pérdida de Agrigento. Cf. I 17, 5.

<sup>106</sup> Estamos en el año 253/2.

los que no lograron nada digno de ser tenido en cuenta. Y llegaron a la isla de los lotófagos, llamada Meninge<sup>107</sup>, no lejos de la pequeña Sirte. Allí, desconocedores del lugar, cayeron en unos bajíos, sobrevino la marea baja, los barcos encallaron y se vieron en un gran apuro. Pero después de algún tiempo el mar creció de una manera totalmente inesperada. Los romanos arrojaron toda la carga y a duras penas lograron aligerar las naves. Tras esta operación zarparon de una manera muy parecida a una fuga. Tocaron Sicilia, doblaron Lilibeo y fondearon en Palermo. Desde allí navegaron temerariamente por alta mar, hacia Roma, y sufrieron de nuevo una tempestad tan enorme que perdieron más de ciento cincuenta naves.

Los de Roma, a la vista de todo esto, a pesar de que en cualquier empresa eran excepcionalmente celosos de su prestigio, entonces, por la enormidad y la frecuencia de las calamidades, renunciaron a reunir otra escuadra, forzados por las circunstancias. Desistieron las esperanzas que les quedaban en sus fuerzas de infantería, y enviaron a Sicilia a los cónsules Lucio Cecilio y Cayo Furio con las legiones. Equiparon únicamente sesenta naves para transportar los víveres a las legiones. Las peripecias mencionadas de los romanos convirtieron en más esclarecidas las gestas de los cartagineses: en efecto, dominaban sin temor el mar, ahora que los romanos se habían retirado de él, y tenían grandes esperanzas en sus fuerzas de tierra. Y era razonable que sintieran así, pues los romanos, esparcida la fama de que en la batalla de África los elefantes habían roto sus filas y habían liquidado a la mayoría de sus hombres, estaban tan aterrorizados

<sup>107</sup> Actualmente la isla de Djerba, donde Homero coloca a los legendarios lotófagos (*Odisea* IX 82-104). Esta isla no está lejos de la costa de Túnez. Otros identificaban Meninx con la pequeña Sirte.

ante estas bestias, que en los dos años siguientes a estas acciones, cuando estaban ya alineados frente al enemigo en la región de Lilibeo o en la de Selinunte, a cinco o seis estadios de él, no se atrevieron jamás a iniciar la batalla ni a descender a lugares llanos, te-  
 13 merosos de la acometida de los elefantes. Durante este período sólo tomaron, tras asediarlas, a Termo<sup>108</sup> y  
 14 Lípári, manteniéndose en parajes montañosos y poco accesibles. Por ello, al ver los romanos el abatimiento  
 y el terror de sus ejércitos de tierra, cambiaron de pa-  
 15 recer y resolvieron probar suerte en el mar. Eligieron cónsules<sup>109</sup> a Cayo Atilio y a Lucio Manlio, construyeron cincuenta naves, enrolaron dotaciones y concentraron una escuadra, desplegando gran actividad.

40 Asdrúbal, el jefe de los cartagineses, había notado, en las confrontaciones anteriores, la desmoralización de los romanos.

*Batalla  
de Palermo*<sup>110</sup>

Sabedor de que uno de los cónsules había regresado a Italia con la mitad de las fuerzas, y de que Cecilio continuaba en Palermo con la otra para proteger las cosechas de los aliados, pues ya era  
 2 el tiempo de la recolección<sup>111</sup>, recogió a las tropas de Lilibeo, avanzó y acampó junto a los límites del territo-  
 3 rio de Palermo. Cecilio le vio confiado, y quiso provo-

<sup>108</sup> Las termas de Hímera, llamadas hoy Termini, en la costa N. de Sicilia.

<sup>109</sup> La traducción estrictamente literal del texto griego es «nombraron generales», pero Walbank indica expresamente que la expresión griega significa aquí, simplemente, «eligieron cónsules», WALBANK, *Commentary*, ad loc., que sigue PÉRECH, *Polybe*, I, sin citarle. PATON, *Polybius...*, obvia la dificultad con una traducción muy libre: «In the consulship of Gaius Atilius and Lucius Manlius we find them building fifty ships.»

<sup>110</sup> En griego, Panormus. Cf. la nota 32.

<sup>111</sup> A principios de verano del año 250, seguramente en el mes de junio.

carle al ataque, por lo que contuvo a sus fuerzas dentro de las puertas de la ciudad. Asdrúbal, lleno de osadía  
 4 ante esto, y creyendo que Cecilio no se atrevía a salirle al encuentro, se puso en marcha audazmente con todo su ejército y descendió hacia el territorio de Pa-  
 lermo a través de los desfiladeros. Taló las cosechas  
 5 hasta llegar a la ciudad, pero Cecilio persistió en el propósito adoptado, hasta provocar a Asdrúbal a cruzar  
 el río<sup>112</sup> que fluye por delante de la población. Cuando  
 6 los cartagineses hubieron hecho pasar a sus bestias y a sus tropas, Cecilio envió a sus tropas ligeras para que las hostigaran. Con ello forzó que el ejército car-  
 taginés íntegro se dispusiera en orden de batalla. Ceci-  
 7 lio comprobó que sus planes se iban cumpliendo. Situó a algunos vélites ante el muro y el foso, con la orden  
 de que cuando los elefantes se les aproximaran, les  
 acribillaran con una nube de dardos. Si llegaban a  
 8 verse presionados, debían refugiarse detrás del foso, para hacer salidas desde allí y disparar contra las fie-  
 ras que se les acercaran. Dispuso que los obreros del  
 9 ágora transportaran los proyectiles y que los depositaran fuera de la ciudad, junto a los cimientos de la  
 muralla. Él personalmente se había apostado, con los  
 10 manípulos, en la puerta que daba al ala izquierda del adversario, y enviaba cada vez más hombres a las es-  
 caramuzas. En el momento en que el choque se hizo ya  
 11 más general, los que conducían a los elefantes quisieron emular a Asdrúbal. Con el deseo de lograr por sí  
 mismos el éxito, se lanzaron todos contra la primera  
 fila romana, que pusieron en fuga fácilmente y persi-  
 guieron hasta el foso. Pero al llegar allí, los elefantes  
 12 fueron heridos desde el muro por los arqueros y acribillados por los eficaces y nutridos disparos de jabalina  
 y de azagaya que lanzaban las tropas de refresco que

<sup>112</sup> Actualmente este río se llama Oreto.

13 se hallaban alineadas ante el foso. Agobiados por las flechas y llenos de heridas, se desordenaron rápidamente, se revolieron y se dirigieron contra los suyos, pisoteando y matando a muchos cartagineses, desbaratando las formaciones y destruyéndolas. Al verlo Cecilio hizo una enérgica salida con sus hombres, que arremetieron de flanco sobre los enemigos ya confundidos; las suyas eran tropas de fresco y en buen orden. Infligió una severa derrota a los adversarios, mató a muchos de ellos e hizo huir el resto a la desbandada. Capturó diez elefantes con los indios<sup>113</sup> que los guiaban y, después de la batalla, cercó a las restantes fieras, que se habían deshecho de sus guías, y se apoderó de todas. Después de llevar a buen término esta operación, nadie dudó en reconocer a Cecilio como causante de que las tropas de tierra recobraran el ánimo en beneficio de Roma, y de que éstas volvieran a dominar el campo abierto.

41 La noticia de este éxito llegó a Roma, y los romanos se llenaron de gozo, no tanto por aquella derrota del enemigo, que se vio despojado de los elefantes, como porque los suyos habían cobrado ánimo, tras haber superado a las fieras. Ello hizo que los romanos se confirmaran en su proyecto inicial, el envío de los generales, con la flota y las fuerzas marítimas, al teatro de operaciones, con el afán de acabar como fuera con esta guerra. Hechos los preparativos para la expedición, los generales zarparon, con doscientas naves, y pusieron rumbo a Sicilia. Era el año decimocuarto de esta guerra. Fondearon junto a Lilibeo, y tras reunir-

*Asedio  
de Lilibeo*

<sup>113</sup> «Indio» en Polibio significa simplemente «conductor de elefantes», sin prejuzgar para nada el origen de este personal. El *Diccionario de la Real Academia* admite los términos «cornac» y «cornaca», pero me parecen galicismos excesivos.

se allí con sus ejércitos de infantería, emprendieron el asedio, porque si triunfaban aquí podrían extender fácilmente la guerra al Africa. Los jefes de los cartagineses opinaban prácticamente lo mismo, y hacían los mismos cálculos que los romanos. Por eso, considerando que todo lo demás era accesorio, se dedicaron por entero a prestar ayuda a la plaza, a combatir y a soportar todo por la ciudad citada, puesto que ya no les quedaba ninguna otra base, a excepción de Drépana<sup>114</sup>, y los romanos dominaban todo el resto de Sicilia.

#### DIGRESIÓN SOBRE SICILIA

Para evitar que la narración resulte poco clara a los que no han estado en este país, intentaré ofrecer a los lectores una idea acerca de la orientación de su emplazamiento.

En su conjunto, por lo que se refiere a su orientación, Sicilia<sup>115</sup> tiene, si se la relaciona con Italia y su extremidad, un emplazamiento paralelo a la situación del Peloponeso respecto al resto de Grecia y sus promontorios; la única diferencia que existe entre ambos es que Sicilia es una isla y el Peloponeso una península. El espacio que le separa del resto de Grecia se recorre a pie, mientras que el que hay entre Sicilia e Italia, por mar. La figura de Sicilia es triangular, y

<sup>114</sup> La moderna Trepani.

<sup>115</sup> Si bien la isla de Sicilia presenta una forma sensiblemente triangular, de un triángulo casi equilátero, cuyo vértice inferior, el cabo Lilibeo, está desplazado ligeramente hacia el E. en referencia a los otros dos vértices, los cabos Pelorias y Paquino, es indudable que los geógrafos de la antigüedad erraron en cuanto a la orientación general de la figura geométrica que ofrece la isla, pues tuvieron el cabo Lilibeo como muy desplazado hacia occidente en relación con los otros dos. Amplia exposición, en WALBANK, *Commentary*, ad loc.

los vértices de cada ángulo toman la disposición de un  
 4 promontorio. El primero, orientado hacia el Sur y que  
 se adentra en el mar de Sicilia, se llama cabo Paquino;  
 5 el segundo tiende hacia al Norte y limita el estrecho  
 en su parte occidental. Este cabo, que se llama de Pelo-  
 6 riáde, dista de Italia unos doce estadios. El tercero se  
 enfrenta al mismo continente africano y, gracias a su  
 situación favorable, domina las puntas avanzadas<sup>116</sup> de  
 Cartago, a unos mil estadios de distancia de ellas. Se  
 llama el cabo Lilibeo<sup>117</sup>; está orientado en dirección  
 7 Sudoeste, y separa el Mar Africano del de Sicilia. En  
 él hay una ciudad que tiene el mismo nombre que el  
 lugar, y que estaba entonces asediada por los roma-  
 nos. Sus muros la aseguraban excepcionalmente, y la  
 rodeaba un foso profundo; además el mar tiene allí  
 8 de ellos, lo cual requiere gran práctica y habilidad. Los  
 romanos establecieron dos campamentos cerca de la  
 ciudad, uno a cada lado, y fortificaron el espacio inter-  
 medio entre ambos con un foso, una estacada y un  
 muro. Luego empezaron a hacer obras contra la torre  
 9 más cercana al mar, que daba al Mar Africano. A fuer-  
 za de añadir constantemente nuevos preparativos a los  
 anteriores y de extender los equipos de las obras, los  
 romanos terminaron por derrumbar las seis torres con-  
 10 tiguas a la citada, y empezaron un ataque simultáneo  
 contra las restantes por medio de arietes. Como el  
 asedio se hacía enérgico y pavoroso, y diariamente  
 había torres que se derrumbaban y otras que amena-  
 zaban ruina, y como las obras romanas penetraban  
 11 cada vez más en la ciudad, entre los asediados reinaban  
 consternación y confusión terribles; dentro de la plaza

<sup>116</sup> Se trata de los cabos Bon y Farina.

<sup>117</sup> Un plano con la disposición del cabo Lilibeo y la ciudad del mismo nombre, en WALBANK, *Commentary*, pág. 106.

había, además de la masa de la población, unos diez  
 mil mercenarios. El general cartaginés Imilcón no 12  
 omitía nada que fuera factible, o levantando contra-  
 muros<sup>118</sup> o excavando contraminas, y no era pequeño  
 el apuro que proporcionaba al adversario. Además, 13  
 efectuaba salidas diariamente, y atacaba las máquinas  
 de asedio, por si lograba incendiarlas. Para ello lanzó  
 muchos e inesperados golpes de mano, tanto de día  
 como de noche, de manera que a veces hubo más muer-  
 tos en estos choques de los que habitualmente hay en  
 las batallas campales.

Así estaban las cosas, cuando algunos de los oficia- 43  
 les de mayor rango de entre los mercenarios conspi-  
 raron entre ellos con la intención de entregar la ciudad  
 a los romanos<sup>119</sup>. Persuadidos de que sus subordina-  
 dos les harían caso, salieron de noche de la ciudad  
 hacia el campamento romano y entablaron conversa-  
 ciones con el general. Pero el aqueo Alexón, que ya en 2  
 una ocasión anterior había salvado a los de Agrigento,  
 cuando los mercenarios siracusanos urdían traicionar-  
 les, también entonces fue él el que primero se enteró  
 de lo que se tramaba, y lo denunció al general de los 3  
 cartagineses. Éste, al oírlo, reunió al instante a los ofi-  
 ciales restantes y les exhortó encarecidamente, les pro-  
 metió grandes dones y mercedes si se le mantenían  
 leales y no participaban en la conspiración de los que  
 habían salido. Ellos acogieron bien sus palabras, e 4  
 Imilcón inmediatamente después envió con ellos para  
 que se presentaran ante los galos a Aníbal, hijo de  
 aquel Aníbal muerto en Cerdeña, ya que durante la  
 campaña había surgido gran familiaridad entre ellos.

<sup>118</sup> Es decir, muros paralelos a los destruidos por los romanos.

<sup>119</sup> La traición descubierta a tiempo es una constante en la obra de Polibio; cf., por ejemplo, III 78, 1-4, sólo por citar un caso.